



ANUNCIAR A LOS POBRES
LA INSONDABLE RIQUEZA
DE JESUCRISTO

Asamblea Prado 2013

**Documentos Finales,
Intervenciones en la
Asamblea**

PRA
DO

Asamblea Prado 2013
Documentos Finales, Intervenciones
en la Asamblea

**“ANUNCIAR A LOS POBRES LA RIQUEZA
DE JESUCRISTO”**

Asamblea del Prado 2013

Dos Documentos Oficiales Fruto y Resultado de la Asamblea:

LA CARTA

LAS CONVICCIONES

(Recibiremos en unos meses el Documento Final que, además de estos dos documentos que aquí presentamos, traerán las Orientaciones para los próximos seis años: 2013-2019. La Asamblea confió al nuevo Responsable y al Consejo General la redacción final).

Julio 2013



VAHO
PRA
DO

CARTA A TODOS LOS MIEMBROS DEL PRADO Y AMIGOS

Limonest, 19 de julio de 2013

“Porque su fe es alabada en el mundo entero” (Rom1,8)

Queridos hermanos pradosianos y amigos:

A todos ustedes a quienes Dios ha llamado para vivir de la gracia concedida al Beato Padre Antonio Chevrier al lado de los más pobres de nuestro mundo: salvación, paz y alegría en el Señor.

Éramos cincuenta y siete delegados, reunidos del 2 al 19 de julio en Limonest para la Asamblea General de nuestro Instituto, y no dejamos de pensar en ustedes. En numerosas ocasiones nos alegramos por la fe que les anima y su resplandor – incluso en medio de las dificultades –, a partir del tema “Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo”.

1- En el transcurso de nuestra primera semana, tuvimos la oportunidad y la alegría de oír comunicaciones y testimonios provenientes de todos nuestros Prados. Esto nos ha permitido comprender mejor las realidades sociales, culturales y eclesiales de nuestros diferentes países. De la misma manera, hemos medido bien los estragos que producen las violencias económicas, sociales y morales de nuestra época sobre los más pobres y sus familias.

Así, identificamos los desafíos que nos esperan, para seguir viviendo para los “pobres, los ignorantes y los pecadores” de nuestros países. Todos percibimos la urgencia de que los pobres no sean solamente los “objetos” de nuestra preocupación pastoral, sino los actores mismos del anuncio del Evangelio en nuestras Iglesias respectivas.

2- Los siguientes días, también pensamos mucho en todos ustedes al dejarnos guiar por el Espíritu Santo, al momento de elegir a nuestro nuevo Responsable General: Michel DELANNOY (Francia), a sus dos asistentes (Xosé Xulio RODRIGUEZ-España; Armando PASQUALOTTO-Italia) y sus consejeros (Pedro JU SU OUK-Corea del Sur; Joseph MUSSER-Francia; Francisco Javier GARCIA CADIÑANOS-España; Héctor VILLA-México).

Al aceptar estas posiciones, los siete tienen la viva conciencia de estar al servicio de nuestro Instituto entero, pero también de la vocación de todos los pradosianos, en su diversidad.

Al mismo tiempo, dimos gracias al Señor por el hermoso testimonio y por el trabajo de nuestro Consejo General precedente. Con ustedes y en su nombre, agradecemos calurosamente a Robert DAVIAUD por sus doce años como Responsable General, así como a José Aristeu VIEIRA, Yves DELAVOIX, Ángel MATESANZ RODRIGO y Job Yo Bi KOO.

3- El lunes 8 de julio, celebramos la eucaristía sobre la tumba del Padre Chevrier, presidida por el Cardenal Philippe BARBARIN, arzobispo de Lyon. Fue otra manera de sentirnos unidos espiritualmente a ustedes, así como a todos aquellos que nos han precedido, en la comunión de la Iglesia Universal.

4- También hemos querido relatarles la importancia de lo que vivimos el sábado 13 de julio. Ese día, escuchamos largamente a los demás miembros de nuestra familia espiritual (fraternidad de los laicos consagrados, hermanas del Prado, miembros laicos del Instituto Femenino del Prado, diáconos permanentes, laicos asociados).

Su testimonio nos dio el gusto y el deseo de reforzar nuestros lazos de familia lo más que se pueda, en cada uno de nuestros Prados y a nivel internacional, a fin de volvernos más eficaces todos juntos para anunciar la riqueza de Jesucristo a todos los pobres, según nuestro carisma común y de manera adaptada a cada continente, a cada cultura y a cada situación.

5- En nuestras oraciones y en nuestro estudio de evangelio diario, a través de la calidad de nuestra vida fraterna, gracias al buen espíritu que presidió nuestros intercambios desde los más sencillos hasta los más profundos, pero también en nuestros momentos de descanso y hasta en la pequeña fiesta cultural que vivimos con alegría el sábado 13 de julio por la noche, ¡ustedes siempre estuvieron con nosotros!

6- Por último, estuvimos naturalmente en comunión con ustedes al momento de establecer las orientaciones que podrán guiarnos, bajo la responsabilidad de nuestro nuevo Consejo, para los próximos seis años, y cuyo texto se les hará llegar muy pronto. Desde ahora, les comunicamos el de nuestras convicciones.

Queridos hermanos, podemos en verdad dar gracias a Dios por este importante momento de nuestro Instituto.

También tenemos que expresarles nuestro agradecimiento por el apoyo eficaz de su oración y por todas las demás pruebas de apoyo a nuestra Asamblea, sea amistosas o financieras.

Oramos al Espíritu Santo para que apoye siempre nuestra respuesta generosa a Dios, que nos ha llamado a todos a trabajar para hacer que resplandezca la luz de Jesucristo ante los pobres, desde el levante hasta el poniente del sol, en el sur y en el norte de nuestro planeta.

“Porque su fe es alabada en el mundo entero” (Rom1,8)

Todos nosotros, delegados en la Asamblea:

De África (Burkina Faso, RD del Congo, Madagascar);

De América (Brasil, Caribe, Chile, Colombia, Ecuador, México, Perú),

De Asia (Corea del Sur, India, Vietnam),

De Europa (Italia, España, Francia, Portugal, Suiza),

y **Del Medio Oriente** (Líbano, Egipto).

VAHO
PRADO

Asamblea General del Prado 2013

“Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo” [1]

CONVICCIONES DESDE LA REFLEXIÓN Y ORACIÓN, COMPARTIDAS A LO LARGO DE LOS DÍAS DE LA ASAMBLEA

1. Los miembros de la Asociación de los Sacerdotes del Prado llevamos a cabo nuestra Asamblea general en Limonest del 2 al 19 de julio de 2013. Éramos 57, provenientes de 4 continentes y de 20 países del mundo, enviados por los 1250 pradosianos presentes en unos cincuenta países.

“Yo, el menor de todos los santos, he recibido la gracia de anunciar a los paganos la insondable riqueza de Cristo, y poner de manifiesto la dispensación del misterio que estaba oculto desde siempre en Dios, el creador de todas las cosas” [Efesios 3, 8-9].

“Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza” [2 Corintios 8, 9].

“Fue al meditar durante la noche de Navidad acerca de la pobreza de Nuestro Señor y su humillación entre los hombres que decidí abandonarlo todo y vivir lo más pobremente posible. El misterio de la Encarnación me convirtió” [Antonio Chevrier, proceso artículo 20].

2. Durante los tres primeros días de nuestra asamblea, tomamos tiempo para escucharnos mutuamente narrar este don del que somos testigos. Nos permitimos parafrasear el inicio de la Primera Carta de Juan para dar cuenta del espíritu de nuestros trabajos a partir del tema de la asamblea: *Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y lo que hemos tocado con nuestras manos acerca de la Palabra de Vida, hecha carne en la vida de los hombres en el mundo hoy en día, sobre todo de los más pobres, se lo anunciamos también a ustedes, para que vivan en comunión con nosotros. Y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Les escribimos esto para que nuestra alegría sea completa, y para que ustedes también estén colmados del don inestimable y de la alegría de la fe.*

I – Con los pobres, recibimos la riqueza de Jesucristo

3. La riqueza de Jesucristo se nos revela por la fe, otorgada por la gracia, como un hermoso regalo de Dios, a fin de que la anunciemos

a todos los hombres [Romanos 1, 1-9; Efesios 3, 8-9]. Como San Pablo, podemos decir que hemos recibido la gracia de conocer la insondable riqueza de Cristo y el llamado a ser discípulos y apóstoles para anunciarla. Esta gracia y este llamado son nuestra vida y nuestra alegría. Guiados por el carisma del Padre Antonio Chevrier que deseaba formar apóstoles y sacerdotes pobres para los pobres, en la comunión con toda la Iglesia, nos unimos en toda libertad y confianza a Jesucristo, pues creemos que él es la Vida, la Verdad y el Camino que conduce a la salvación.

4. Como discípulos de Aquel que *siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza*, deseamos acercarnos a los más pobres. Cuando hablamos de los pobres, lo hacemos en la fe en Jesucristo, el único Maestro al que tratamos humildemente de conocer mejor, servir mejor y amar mejor. Pues los pobres no se definen, se encuentra. Son personas, rostros, corazones... que conocemos, frecuentamos, con quienes vivimos, y cuyas pobreza son incontables (económicas, sociales, psicológicas, espirituales...). Y cuando reconocemos y aceptamos nuestras propias pobreza, nos es más fácil ser cercanos a ellos. Al compartir la vida de los pobres, al conocerlos, respetarlos y amarlos, contemplamos la obra de Dios que nos precedió.

5. *“No nos sentimos atemorizados por las condiciones del tiempo en que vivimos. Nuestro mundo está lleno de contradicciones y de desafíos, pero sigue siendo creación de Dios, y aunque herido por el mal, siempre es objeto de su amor y terreno suyo, en el que puede ser resembrada la semilla de la Palabra para que vuelva a dar fruto... Contemplando el misterio de Dios, el otro símbolo de autenticidad de la nueva evangelización tiene el rostro del pobre. Estar cercano a quien está al borde del camino de la vida no es sólo ejercicio de solidaridad, sino ante todo un hecho espiritual. Porque en el rostro del pobre resplandece el mismo rostro de Cristo (Mt 25,40)” [Sínodo sobre la nueva evangelización, 2012, 6 y 12].*

6. Con frecuencia, los pobres son aquellos y aquellas que nos molestan, que nos importunan... Así, nos recuerdan que Jesucristo mismo tomó esta actitud de pobre que molesta, que perturba el orden social y las conciencias tranquilas de los fariseos, escribas, jefes de pueblos, ricos: *“Simón, ¿ves a esta mujer?” [Lc 7,44].* Murió en la cruz porque **[2]** fue acusado de blasfemia y escándalo por los judíos, locura por los paganos. Para Jesús, no hay buenos y malos pobres. A todos les promete su reino *“¡Felices ustedes, los pobres, porque el Reino de Dios les pertenece!” [Lc 6, 20].*

7. Entre los pobres, algunos también son, con frecuencia ante nosotros mismos, discípulos y apóstoles. Llamados, rescatados, perdonados, liberados, sanados por Cristo, son pobres que se ponen a seguirlo [Cf. Bartimeo, Marcos 10]. Con ellos aprendemos a recibir la riqueza de Jesucristo y ellos nos ayudan a reconocerla y a recibirla en todos los pobres, creyentes o no, cristianos o no. Con frecuencia son ellos quienes nos permiten descubrir y conocer mejor la riqueza de Cristo.

8. En el Evangelio, Jesús nos hace descubrir y comprender que los pobres son los preferidos de Dios, los primeros en su reino. No que Dios sea parcial, sino que su amor por los hombres comienza por los más bajos, los más débiles, los más frágiles, aquellos que generalmente son los más ignorados, rechazados, despreciados, en las familias, en las sociedades e incluso en las iglesias. “La opción preferencial por los pobres” es una gracia al centro de la evangelización en el mundo de este tiempo.

9. “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia [Gaudium et Spes, 1].”

II – Con los pobres, compartimos la riqueza de Jesucristo

10. La riqueza de Jesucristo es la verdadera respuesta de Dios a las expectativas, a los deseos y a la esperanza de los hombres, respuesta superabundante que invita a buscar más lejos, a cavar más profundo [Cf. Efesios 3, 20] El Padre Chevrier hablaba “*de los pobres, los ignorantes y los pecadores*”. ¿Podemos decir hoy en día que ser pobre es: “no tener, no saber, no ser” y por lo tanto siempre estar “**a la espera**” de bienes, de conocimiento y de dignidad?

11. Al centro de todo ser humano, ¿acaso no hay también un deseo profundo, más allá de cualquier condición y cultura, el “**deseo de Dios**”, el deseo de conocerlo y de comulgar con su vida? En los encuentros de Jesús, todos aquellos y aquellas que vienen a él,

con la carga de su vida, se descubren cercanos, amigos, hijos e hijas... niños amados por Dios.

12. En la escucha de la vida de los miembros del Prado en el mundo, con frecuencia hemos oído de los hermanos que sean testigos de esta **“esperanza fundamental”** que adivinan, perciben, contemplan... en la vida de las personas al centro de sus pobrezas, de sus dependencias e incluso de sus desesperanzas a nivel social, económico y político.

13. La riqueza de Jesucristo es ser Hijo de Dios, y todo lo que nos revela de Dios su Padre y del Espíritu Santo. A través de él, la riqueza de amor y de comunión de la vida trinitaria se abre a todo ser humano sin excepción.

“...el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado... Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación...” [Gaudium et Spes, 22, 1]

14. La riqueza de Jesucristo es su encarnación, su venida en la carne, en las condiciones ordinarias de la vida de los hombres.

“Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. ¡Oh inefable misterio! Dios está con nosotros, Dios ha venido a hablarnos, ha venido a vivir con nosotros [3] para hablarnos e instruirnos. Lo que no había hecho otras veces más que de paso, por así decir, y de prisa, lo ha hecho en estos últimos tiempos de manera bien sensible y duradera. Ha tomado forma de hombre para vivir con nosotros, tener tiempo de hablarnos y decirnos todo lo que el Padre quería enseñarnos por medio de él. No somos seres abandonados por Dios, verdadero Padre que ama a sus hijos y quiere instruirlos y salvarlos” [A. Chevrier, El Verdadero Discípulo, 62-63].

15. La riqueza de Jesucristo son las acciones y las palabras de Jesús. La vida entera de Jesús expresa la voluntad de salvación de Dios y realiza ya esta salvación. Desde el principio de su ministerio público, Jesús se manifiesta como aquel a través de quien “hoy” se cumple lo que los profetas anunciaron (Lc 4, 16). En él, el recibimiento, la escucha, la compasión y la libertad frente a todas las instituciones, son los signos concretos de la venida del Reino de Dios. Él responde a las peticiones... pero siempre comprometiendo a las personas al camino de la conversión.

16. La riqueza de Jesucristo es su muerte y su resurrección, es decir, su encarnación hasta el final, el Misterio pascual. La muerte y la resurrección de Jesús iluminan definitivamente el

destino del hombre... *“Porque Cristo es nuestra paz; él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, y aboliendo en su propia carne la Ley con sus mandamientos y prescripciones. Así creó con los dos pueblos un solo Hombre nuevo en su propia persona, restableciendo la paz, y los reconcilió con Dios en un solo Cuerpo, por medio de la cruz, destruyendo la enemistad en su persona. Y él vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes, que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca. Porque por medio de Cristo, todos sin distinción tenemos acceso al Padre, en un mismo Espíritu” [Efesios 2, 14-18].*

“Padeciendo por nosotros, nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además abrió el camino, con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido.... Este es el gran misterio del hombre que la Revelación cristiana esclarece a los fieles. Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta obscuridad. Cristo resucitó; con su muerte destruyó la muerte y nos dio la vida, para que, hijos en el Hijo, clamemos en el Espíritu: Abba!, ¡Padre!” [Gaudium et Spes, 22, 3 y 6].

17. La riqueza de Jesucristo es el don de su Espíritu [y de sus obras] – que nos hace vivir el día de hoy las Bienaventuranzas y por el cual recibimos ya la vida nueva.

“El hombre cristiano, conformado con la imagen del Hijo, que es el Primogénito entre muchos hermanos, recibe *las primicias del Espíritu* (...) las cuales le capacitan para cumplir la ley nueva del amor. Por medio de este Espíritu, que es *prenda de la herencia* (...), se restaura internamente todo el hombre hasta que llegue la *redención del cuerpo* (...). Si el Espíritu de Aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu que habita en vosotros. (...) Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual” [Gaudium et Spes, 22, 5].

El Espíritu Santo produce en nosotros a Jesucristo... El Padre nos crea, el Hijo nos muestra la verdad, la vida, es nuestra luz, mas el Espíritu Santo nos da el amor, nos hace amarle, y quien ama comprende, quien ama puede obrar. El Espíritu Santo termina lo

que Jesucristo ha comenzado” [A. Chevrier, Carta 93, Escritos Espirituales, p. 100].

18. Con los pobres, compartimos esta riqueza de Jesucristo.

Compartimos la gracia de la vocación divina que nos es revelada, la dignidad de hijos de Dios que nos hace hermanos y hermanas de todos los hombres. Compartimos la alegría de ser alguien a los ojos de Dios, cada uno con sus pobreza. Sabemos que Dios no nos abandona. Compartimos la alegría de ser perdonados, de renacer. Compartimos la esperanza frente al fracaso, a la desdicha y a la muerte. Con los pobres, compartimos la fe, la esperanza y el amor que inspiran las luchas por la liberación, la justicia y la paz. Compartimos el compromiso de todos los hombres de buena voluntad que los acompañan, los apoyan, los alientan. Para nosotros, es un combate en el que Dios mismo nos arma de poder y fortalece en nosotros al hombre interior [Efesios 3, 16].

[4] III - Con los pobres, damos testimonio de la riqueza de Jesucristo

19. En nuestra Asamblea, expusimos cómo, en nuestros diversos ministerios a través del mundo, acompañamos y somos acompañados por pobres que se sienten también responsables y con la encomienda de dar testimonio de la riqueza de Jesucristo. En fraternidades y en comunidades con ellos, experimentamos el encuentro personal con Jesucristo resucitado. Estamos convencidos de que esta experiencia personal nos mantiene siempre por el camino de la conversión y de que es el fundamento del testimonio. Es gracias al estudio de evangelio, la oración, el compartir y la revisión de vida que permanece viva y actual esta experiencia.

20. En nuestras asambleas dominicales, en nuestros equipos de movimientos, en nuestros grupos para compartir la vida de los hombres y la Palabra de Dios, en nuestras comunidades eclesiales de base, en nuestros servicios de solidaridad, en nuestras familias... ahí primeramente es que quienes lo han descubierto deben anunciar la riqueza de Jesucristo. Tenemos la convicción y por experiencia sabemos que los pobres son capaces de recibir la Palabra de Dios y de dar cuenta de ella; que enriquecen a la Iglesia, por la gran diversidad de vocaciones y de maneras de hacerse discípulos de Jesucristo. Nos sentimos felices de pertenecer al Instituto de los sacerdotes del Prado que nos ayuda a permanecer unidos a Jesucristo, a mantener vivos en nosotros el deseo y la búsqueda de la pobreza según el Evangelio, a estudiar el Evangelio y a hablar

de él para que los más humildes lo comprendan, a alimentar en nosotros y a expandir a nuestro alrededor la alegría de la fe.

21. La Iglesia real -con sus pobreza y sus incoherencias, sus dinámicos y sus fidelidades- de alguna manera es en Cristo el sacramento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano, es decir, el signo y el medio del encuentro con Cristo resucitado [Cf. Lumen Gentium 1].

“La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (leiturgia) y servicio de la caridad (diakonia). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra. Para la Iglesia, la caridad no es una especie de actividad de asistencia social que también se podría dejar a otros, sino que pertenece a su naturaleza y es manifestación irrenunciable de su propia esencia” [Benedicto XVI, Dios es amor, n° 25].

22. Las tres tareas inseparables de la misión de la Iglesia nos ponen, bajo la conducción del Espíritu Santo, en el camino de la unidad y de la comunión. En las comunidades cristianas, cuando se anuncia el Evangelio, Cristo se revela como Verdad, Camino y Vida; cuando se celebran los sacramentos, el Espíritu Santo hace presente el misterio pascual, nos hace miembros del Cuerpo de Cristo y nos envía, nos hace salir al encuentro de los pobres; cuando se vive la caridad, Cristo mismo se hace, en la historia, ternura de Dios para todo hombre y para todos los hombres.

23. En los caminos de la comunión, comprendemos que Dios nos pide construir comunidades que sean signo de la novedad del Evangelio y en las que se pueda ver que la fe impugna los criterios de discriminación y de exclusión y crea relaciones alegres, fraternas y animadas de esperanza, relaciones nuevas a las que se llama también a los pobres a ser actores. Estamos conscientes de que las dificultades son numerosas, de que la cultura actual conduce más bien al individualismo y a la idolatría, y confesamos el pecado, personal y estructural, que impide la realización del designio de Dios: sed de ganancia injusta, explotación de las personas, desprecio de la naturaleza, saqueo de las riquezas de la creación... Pero, confesamos también la presencia y la acción del amor de Dios que no deja de trabajar por la liberación integral de los hombres, de todo hombre. *“Toda la creación espera ansiosamente esta revelación [de la gloria] de los hijos de Dios...”*: las personas y los grupos, muy numerosos, que se implican y se comprometen ante los necesitados; las personas y los grupos que denuncian las situaciones injustas que producen la miseria y luchan para eliminarla, algunas veces hasta dar incluso la vida...

24. Queremos permanecer con María, meditando las maravillas que Dios Padre nos da a conocer en su Hijo, que el Espíritu renueva continuamente en este mundo, premisas de la plenitud de la vida eterna a la que todos los hombres estamos llamados.

ANEXO

Por la importancia de los textos, consignamos aquí dos intervenciones importantes en el curso de la Asamblea: la Introducción que hizo el P. Robert Daviaud que ha terminado su labor como Responsable General después de doce años. Y el texto que se presentó como síntesis y profundización de todas las aportaciones de los diferentes prados al documento de preparación. Fue elaborado y presentado por el P. Xosé Xulio Rodríguez quien fue reelecto en la Asamblea como primer Asistente del Responsable General.

Se añade también el testimonio de Tarcisio Ramírez, de Hermosillo, quien asistió a la Asamblea como delegado del Prado Mexicano.

ANUNCIAR A LOS POBRES LA RIQUEZA DE JESUCRISTO

Dios es quien nos reúne este día en que comienza la Asamblea General, para formar una verdadera comunidad eclesial. La alabanza y la acción de gracias al Señor habitan nuestro corazón. Compartimos la alegría de Jesucristo en su oración al Padre por los «pequeños» que somos, por todos los miembros del Prado que, en la pobreza evangélica, responden al llamado de convertirse en verdaderos discípulos y misioneros al centro de su pueblo. Muchas personas me han dicho que llevan en su propia oración nuestra Asamblea. Es el caso de numerosos obispos que han respondido a la carta de información que se les dirigió. Es el caso de mucha gente, miembros de la familia espiritual del Prado o cristianos ordinarios, que encuentran un buen alimento en sacerdotes y laicos consagrados portadores del carisma concedido a la Iglesia a través de la persona del apóstol de la Guillotière. Tampoco olvido la oración de quienes nos han precedido, en el cielo, ante el Padre, particularmente los 143 hermanos fallecidos en los últimos 6 años. Con María, con Francisco de Asís, con el Beato Antonio Chevrier y muchos otros, están unidos a Cristo en su oración al Padre por nosotros.

Como delegados en nombre de la totalidad de los miembros de nuestro Instituto, estamos llamados a entrar en las fuentes de la vocación y de la misión del Prado, en un espíritu de fidelidad al don recibido pero al mismo tiempo en un espíritu de conversión y de dinamismo creativo. El Espíritu Santo ya nos ha guiado para recibir y profundizar el tema de esta Asamblea: “Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo”. Es conveniente además reinsertar esta frase en el texto de San Pablo: “Yo, el menor de todos los santos, he recibido la gracia de anunciar a los paganos la insondable riqueza de Cristo, y poner de manifiesto la dispensación del misterio que estaba oculto desde siempre en Dios, el creador de todas las cosas” (Ef 3,8-9).

A través de la pequeñez de nuestra persona y de la debilidad de nuestros Prados, Dios lleva a cabo su obra. Nos ha concedido su gracia para que mantengamos nuestro lugar en la historia de la salvación ante los más pobres. Primeros beneficiarios del conocimiento de Cristo y de su misterio, somos enviados con toda la Iglesia a anunciar esta riqueza de Dios creador, “el conocimiento de la multiforme Sabiduría de Dios”, revelado en Jesucristo y que concierne a toda la humanidad y a todo el cosmos.

Esta carga recibida está precisada en el texto de las Constituciones que son una referencia esencial para guiar nuestro Instituto en el futuro: “por el Espíritu de Dios, en la consagración y misión de Jesucristo, para anunciar a los pobres la Buena Noticia del Reino y hacer visible en medio de ellos una comunidad cristiana” (C.3). El N° 21, que con frecuencia se retomó en la preparación de esta Asamblea, expresa la originalidad de la aportación del Prado a la vida de la Iglesia actual, preocupada por una nueva evangelización:

“La ‘Asociación de los sacerdotes del Prado’ es consciente de haber recibido una gracia concedida a la Iglesia para que los pobres sean evangelizados.

En nuestras Iglesias locales contribuiremos a que la persona de Cristo y su misión como Enviado del Padre sean la fuente de un modo nuevo de comprender la misión y las iniciativas apostólicas. Contribuiremos igualmente a que las condiciones de vida de los pobres y sus culturas sean un punto de referencia permanente para la acción pastoral y a que todo el Pueblo de Dios ofrezca los signos del Reino”.

A lo largo de estas tres semanas, al cabo de los encuentros y de lo compartido, estaremos muy conscientes de ser portadores de la vida de los pobres, de su persona, de su lucha por la vida y de los “signos de los tiempos” que se nos dan el día de hoy. Que nuestra reflexión no sea solo teórica, sino que esté marcada por situaciones humanas y rostros concretos. La vida de las Iglesias diocesanas así como la de la Iglesia universal estarán muy presentes en nuestra mente. Las grandes orientaciones aportadas por los Papas Benedicto y Francisco nos responsabilizan: “Año de la fe, verdad y lucha contra las desviaciones de los sacerdotes y los obispos, nueva evangelización, aniversario del Concilio Vaticano II, pobreza evangélica y existencial, atención a los más desprovistos...

La Asamblea General que se lleva a cabo cada seis años es el momento más fuerte en el que nuestro Instituto Secular recibe de Dios a las personas y los medios para trabajar de manera más eficaz y así responder a su vocación misionera al centro de la Iglesia y del mundo de hoy. “La autoridad es detentada en primer lugar por la Asamblea General”, afirman las Constituciones en el N° 23. “Tiene la finalidad de elegir al Responsable general y a los miembros de su Consejo. Se ocupa también de los asuntos generales del Instituto”.

Conscientes de que el espíritu del mal y la división siempre pueden estar ahí, somos llamados a dejarnos guiar por el Espíritu de Dios. Es decir, estemos atentos a la importancia de los tiempos de estudio de Evangelio, Eucaristía y oración a lo largo de estas tres semanas para que permanezcamos en lo esencial de la misión que nuestros hermanos nos han confiado. No esperemos al último momento para discernir a la persona que podría ser elegida Responsable así como a los Consejeros, particularmente los dos que serán Asistentes. ¡No es insignificante tener la responsabilidad de establecer el ministerio de tres sacerdotes del Prado con el acuerdo de sus obispos!

Somos 58 miembros de la Asamblea, provenientes de 20 países diferentes. La catolicidad se ofrece a nosotros. Aportando la experiencia de su propio Prado, cada uno está invitado a servir al bien común de toda nuestra familia, a convertirse así en delegado de todo el Prado, capaz de recibir y de aportar su parte. Será necesario que tomemos en cuenta a todos los pradosianos que no están directamente representados aquí. Tenemos presencia de unos cincuenta países. Por primera vez, algunos ya no estarán con nosotros, como los de Argelia o Bélgica. Durante algunas sesiones internacionales, la edad promedio es con frecuencia demasiado joven y la diversidad mucho mayor. Debido a las elecciones, nuestra asamblea reúne personas de cierta edad. Tendremos cuidado de ser extremadamente sensibles hacia los más jóvenes de nuestro Prado, teniendo en cuenta su lenguaje, su expectativa y su manera de encarnar el carisma.

En el dinamismo del carisma recibido: meditar, mirar, decidir.

Toda asamblea es un tiempo privilegiado que permite regresar a la fuente del don de Dios concedida a una comunidad de Iglesia para vivir como verdadero discípulo y participar en la misión del Espíritu Santo. Los puntos fundamentales del Prado se encuentran muy en evidencia en el N°2 de las Constituciones, que nos recuerdan

los términos en los que el Padre Chevrier habría evocado su “conversión” luego de la noche de Navidad de 1856. Conocemos estas palabras:

“Meditando la noche de Navidad sobre la pobreza de Nuestro Señor y su abajamiento en medio de los hombres, tomé la resolución de dejarlo todo y vivir lo más pobremente posible...

Me decía a mí mismo: el Hijo de Dios ha bajado a la tierra para salvar a los hombres y convertir a los pecadores. ¿Y qué vemos, sin embargo? ¡Cuántos pecadores hay en el mundo! Los hombres siguen condenándose.

Entonces me decidí a seguir más de cerca de Nuestro Señor Jesucristo, para hacerme más capaz de trabajar eficazmente en la salvación de las almas. Y mi deseo es que también vosotros sigáis de cerca de Nuestro Señor”.

Este texto es una de las maneras de expresar los puntos fuertes de la espiritualidad misionera del Prado, sin olvidar el camino trazado por las tres dimensiones del “Mural de Saint Fons”.

1 - La meditación

Mientras oraba ante el niño Jesús en el pesebre, el Padre Chevrier recibió la gracia de entrar más profundamente en el misterio de la Encarnación. En el origen del carisma del Prado se encuentra así la oración, un encuentro vital, luminoso entre Dios y este joven sacerdote habitado por su apostolado y por los múltiples rostros encontrados en el barrio popular de la Guillotière, entonces en plena expansión. Durante la primera noche de Navidad, San Lucas nos dice que “María conservaba con cuidado todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. Y bien, en el silencio de la noche de 1856, al meditar estos mismos acontecimientos, “al meditar sobre la pobreza y la humildad de Nuestro Señor”, el padre Chevrier se dijo: “el hijo de Dios descendió sobre la tierra para salvar a los hombres y convertir a los pecadores”. “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”. El Espíritu Santo inscribe en el corazón y la inteligencia del Padre Chevrier una certeza, un acto de fe certero respecto a la obra de Dios hacia la humanidad y particularmente, como lo dice, hacia los pobres, los pecadores y los ignorantes. Nunca expresará dudas a este respecto, aunque reconocerá la debilidad de su respuesta al Señor, aunque el camino concreto de su ministerio no estará exento de azares y tanteos.

“¡Qué bello y qué grande eres! ¡Quién acertara a conocerte! ¡Quién pudiera comprenderte!”. Hay una especie de admiración, un deslumbramiento en la expresión de la fe del apóstol de la Guillotière frente a la riqueza de Dios, a la belleza y grandeza del Enviado del Padre... Belleza y grandeza que surgen, paradójicamente, de la pobreza y de la humildad del Señor. “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad” (Col. 2,9). “Ya conocen la generosidad de nuestro Señor Jesucristo que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza” (2 Co. 8,9).

¿De qué manera viene Dios a salvar a los hombres?... tomando el camino del humano, compartiendo la condición de los más sencillos, la suerte de quienes sufren y son despreciados. Nos muestra la riqueza de Dios pobre y humilde en el pesebre, en la cruz y en cada Eucaristía. Esta contemplación lleva al vicario de San Andrés a querer abandonarlo todo y vivir lo más pobremente posible. Solo aquel que es espiritualmente rico en los favores de Dios puede vivir la verdadera pobreza evangélica, como nos lo muestra la Virgen María “llena de gracia”.

El Prado es en primer lugar una gracia de unión a Jesucristo pobre, despojado, que nos hace entrar en el corazón del Dios Trinidad: “Nadie conoce al Hijo sino el Padre, así como nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar” (cf. Mt 11, 27). “Viendo obrar a Jesús, vemos las acciones mismas del Padre, porque el Hijo no hace nada de sí mismo, y es el Padre que hace él mismo sus obras. ¡Qué bella armonía! ¡Qué acuerdo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en Jesucristo! (V. 225). “Conocer a Jesucristo lo es todo... El que encuentra a Jesucristo, encuentra el mayor tesoro” (cf. VD 113-114). Al mismo tiempo, es una gracia de conocimiento de las personas como nos lo indica el buen Pastor: “Yo soy el buen Pastor: conozco a mis ovejas, y mis ovejas me conocen a mí –como el Padre me conoce a mí y yo conozco al Padre– y doy mi vida por las ovejas (Jn. 10, 14-15).

A lo largo de esta Asamblea, el Espíritu nos invita a meditar y para ello a descentrarnos de nosotros mismos para compartir la admiración del Padre Chevrier ante la plenitud del misterio de Dios, tal como lo meditaremos cada mañana a partir de las cartas de Pablo a los Colosenses y a los Efesios. “Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza” (Col. 3,16). ¿Cómo continuar en los años que vienen el combate del estudio de Evangelio y ponernos mejor a la escucha del único Maestro, Enviado del Padre, y así ya no estar solamente en la repetición

sino, poco a poco, ampliar nuestro conocimiento de Jesucristo que nos revela al mismo tiempo el misterio de Dios y el misterio de la persona humana?

2 - La mirada

La experiencia mística, lejos de encerrarla en sí misma, sitúa a la persona al centro de las realidades del mundo y la hace salir al encuentro de toda la gente a quien Dios ama y salva. La conciencia viva del proyecto de Dios hace entrar en la compasión, en la piedad, en la mirada del Mesías: “¿qué vemos? [...] Los hombres siguen condenándose” Antonio Chevrier precisa en una carta a una educadora de jóvenes: “Que Jesucristo sea su vida, querida hermana, que Jesucristo sea su amor. Vea en sus niños criaturas redimidas por nuestro Señor y manchadas por el pecado, y haga por ellos lo que nuestro Señor mismo haría” (Carta 459). Se trata de una mirada teológica, ver con los ojos de Cristo. Es una mirada que hace compartir el sufrimiento del Señor ante las multitudes que se alejan sin guías válidos. Ya el salmo 113 nos revela la preocupación del Dios creador por la humanidad y el universo, su compasión por el pobre y el débil. Desciende para mirar. “El Señor está sobre todas las naciones, su gloria se eleva sobre el cielo, ¿Quién es como el Señor, nuestro Dios, que tiene su morada en las alturas, y se inclina para contemplar el cielo y la tierra? Él levanta del polvo al desvalido, alza al pobre de su miseria” (Salmo 113, 5-7). Este movimiento de salvación se expresa plenamente en el descenso y la elevación del Salvador al centro del evento pascual (cf. Fil.2, 6-11).

Con frecuencia, en una vida activa, corremos el riesgo de ya no ver nada, de ya no mirar a aquellos y aquellas que sufren y que tal vez están alejándose, perdiéndose. ¿Cuál es nuestra sensibilidad, nuestro sufrimiento apostólico, nuestra mirada sobre las personas que nos rodean o hacia quienes somos enviados? En la oración - particularmente en la oración a la Virgen María- hay que pedir sin cesar esta capacidad de apertura a los pobres reales.

Esta mirada de sufrimiento no es una mirada de pasividad o de resignación, sino de elevación, de ascenso. Al mismo tiempo, es una mirada de amor y de esperanza. No es pesimista, pues se basa en la muerte y la resurrección de Cristo. Como lo expresa Antonio Bravo: “la mirada de Dios inicia un proceso de liberación y de vida nueva. La miseria de su pueblo penetró en “sus entrañas” de misericordia y de justicia (cf. « Carta a los Pradosianos » p. 81 a 85). Se trata de compartir la mirada de Cristo cuando encuentra y sana a los

enfermos, cuando levanta a los lastimados por la vida, perdona a los pecadores, también cuando llama a discípulos a seguirlo y para ello a abandonar sus bienes y a revestirse con la pobreza.

Estamos invitados a mirar a los demás a partir del misterio de la Encarnación pero también a partir del de la Redención... De golpe, se trata de mirar a la gente, a los pobres, como hermanos y hermanas, por quienes Cristo entregó su vida (cf 1 Co 8,11). Antonio Chevrier se expresaba así: “Jesús ha sido la caridad, el amor mismo. Ha amado al hombre hasta descender del cielo y venir sobre la tierra y hacerse pequeño por nosotros; se sacrificó por nosotros, nos ha dado todo; murió por nosotros y se da enteramente a cada uno en la Santa Eucaristía. ¡Qué ejemplo para amar a nuestro prójimo! Al ver al niño más desagradable, puedo decir: Jesús se ha sacrificado, ha muerto por él, ¿qué no debería hacer yo? Jesús quiere darse a él como alimento, ¿qué no debería darle yo?” (CDA 69). La pregunta es pertinente a cada uno de nosotros y a cada uno de nuestros Prados.

Como compartimos la vida y vemos los rostros de los más humildes, sin ocultarnos los defectos y el pecado de toda existencia humana, sin hablar de los pobres de una manera ingenua o idealizada ¿cómo podemos discernir y valorizar lo positivo y lo bueno que aportan a nuestro pueblo y a nuestra Iglesia? Ciertamente muchos aspectos marcan la vida de la gente en diversos grados según las regiones del mundo: las situaciones económicas más precarias, violencia en las familias o en la vida social y política; en el ámbito religioso: influencia de la secularización de una tierra sin Dios o bien la cohabitación con corrientes religiosas más identitarias,... ¿Cuál es nuestra comprensión profunda de estas situaciones, sea en una relectura de fe o a nivel de los necesarios análisis humanos? ¿De qué buen alimento proveniente de Dios somos portadores ante todas estas personas y estos grupos humanos?

A lo largo de esta Asamblea, el Espíritu Santo nos invita a conservar esta mirada teológica, conscientes de la mirada de amor que tiene Cristo sobre cada uno de los miembros del Prado reunidos en esta ocasión, conscientes de apreciar las realidades y los acontecimientos, desde el punto de vista de Dios y de su Palabra. El cuaderno de vida (pero ¿sigue siendo una práctica entre los pradosianos?), la Revisión de vida, son lugares privilegiados para entrar en Iglesia en la mirada misma del Señor sobre cada uno de nosotros y sobre las personas hacia quienes somos enviados.

3 - La decisión

Ante el don de un conocimiento más claro de la obra de Dios, con el corazón conmovido al ver a los pobres y a los pecadores, el Padre Chevrier nos da ejemplo de una conversión radical. Se expresa a través de una decisión firme y de un deseo. A fin de trabajar de manera más eficaz por la salvación, se decide no primeramente a establecer proyectos o estrategias, sino a seguir a Nuestro Señor Jesucristo más de cerca. Expresa al mismo tiempo un deseo de que otros al igual que él sigan así de cerca a Nuestro Señor. Aquí vemos que el Padre Chevrier recibió una gracia de fundación de la que somos beneficiarios.

La decisión nos fija en el seguimiento efectivo de Jesucristo. Nos apega a su persona. Nos hace renunciar a conducir nuestra vida y nuestro actuar solamente a partir de nosotros mismos. Nos compromete a seguirlo por el camino de la pobreza y del don total de nuestra vida por el bien de los pobres. La otra parte de la decisión del Padre Chevrier consiste en buscar a otras personas llamadas a la misma existencia de discípulo y de apóstol. Sin resultados muy importantes durante su vida, nos muestra el camino de una verdadera pastoral de las vocaciones.

No es el momento de bajar la barra ni de atenuar el don y la exigencia de nuestra vocación. Como para muchos otros en la Iglesia, se trata de decidirse, bajo el impulso del Espíritu Santo, a continuar tomando resueltamente la vía de la perfección y de la santidad... para la gloria de Dios y para la salvación de los desamparados y de los pequeños de este mundo. Damos gracias al Señor por el carisma que el Padre Chevrier dejó a la Iglesia. Pero al mismo tiempo, estamos invitados a la conversión, a no descuidar ni despilfarrar la gracia recibida... Es una verdadera responsabilidad para cada miembro del Prado pero también para cada Prado y para el conjunto de los Prados el preguntarnos: en la situación en la que nos encontramos, ¿cómo decidirse a seguir a Jesucristo más de cerca para nuestra salvación y la de la gente?

En la decisión de seguir a Cristo más de cerca, es bueno recordar que el Prado es un Instituto Secular. El Derecho canónico precisa: “Los miembros clérigos, por el testimonio de la vida consagrada, ayudan sobre todo a sus hermanos en el presbiterio con peculiar caridad apostólica, y realizan en el pueblo de Dios la santificación del mundo a través de su ministerio sagrado” (C.713/3). Es un llamado a ser siervos de la fraternidad alrededor de nosotros, empezando por nuestro obispo y nuestros hermanos sacerdotes

y esto, particularmente, donde hayan podido surgir divisiones o heridas.

El segundo llamado es permitir la santificación del mundo al centro mismo de la secularidad. A través de nuestro ministerio de diáconos y de sacerdotes, se trata de devolverlo todo a Dios y de contribuir a que nuestros diversos pueblos se humanicen y santifiquen (cf Rm 14,17-18). Es por demás decir que los laicos consagrados y asociados están en primera fila, “por el mundo entero y hasta los confines de la tierra...” para “impregnar todas las cosas con el espíritu evangélico... y para ordenar según Dios los asuntos temporales e informar al mundo con la fuerza del Evangelio” (C. 713)

Desafíos nuevos para el Prado

Estos puntos no son necesariamente nuevos pero se presentan hoy día y para los años que vienen con una agudeza nueva y particular.

1 - Ser y convertirnos en hombres de fe y de oración.

El Prado es para la Gloria de Dios y la Salvación del mundo, ¿Cómo expresa la calidad de nuestra vida de discípulo y de nuestra actitud apostólica nuestra alabanza al Señor y nuestro envío en su nombre hacia los pobres, excluidos e ignorantes de este tiempo? Desde hace seis años, hemos hecho un esfuerzo particular para ayudarnos fraternalmente a realizar el estudio de la Palabra de Dios y a no poner en ello más que buenas intenciones. El fascículo editado por el Consejo General “Haz, oh Cristo, que yo te conozca” intentó mantener este esfuerzo común.

Al lado de las enseñanzas ineludibles que son “el estudio del Santo Evangelio”, la oración y la Eucaristía, conocemos las diversas prácticas del Padre Chevrier, como la oración al Espíritu Santo, el Viacrucis, el rosario, la adoración, la hora santa. ¡Cada Prado, en relación con las prácticas de su Iglesia, debe ver cómo concretizar con los más pobres “el espíritu de oración” tan querido por el apóstol de la Guillotière! Puede desarrollarse una atención particular, en relación con la piedad popular, respecto al lugar de la Virgen María, nuestra hermana mayor en la fe, madre de los pobres, modelo del apóstol. Siguiendo la invitación de Cristo en la Cruz, ¿cómo “llevar a nuestra casa” a quien contribuyó a la encarnación del Hijo y acompaña a la Iglesia de hoy?

Sabemos que ser miembro del Prado es a la vez el llamado a una elección de vida particular y el llamado a poner en acción una gracia misionera. Entonces, apoyándonos en la expresión que retoma el Padre Chevrier «Sacerdos alter Christus», ¿qué testimonio de la insondable riqueza de Jesucristo damos a los cristianos, a los hermanos, a los seminaristas? ¿Cuál es nuestra profunda comunión con los miembros del Prado que enfrentan la persecución, a causa de su fidelidad a la Palabra de Dios y de su acción solidaria con los más pequeños?

Durante los encuentros pradosianos, los tiempos de oración están muy presentes y manifiestan un fervor real en nuestra unión a Jesucristo y nuestra intercesión por la gente a la que servimos. Sin embargo, con mucha frecuencia nuestras liturgias son muy sobrias, corriendo el riesgo de no transmitir la altura del don de Dios y del misterio que celebramos. ¿No es un punto que hay que reflexionar en los años que vienen? ¿Acaso la evangelización de los pobres no encuentra su fuente y su fin al centro de los sacramentos, sobre todo de la Eucaristía?

2 - Seguir a Jesucristo en su pobreza y en su humildad.

El espíritu del mundo actual nos pone en riesgo de hacernos perder la radicalidad de la vocación pradosiana, en el seguimiento de Jesucristo según el Mural de Saint Fons. Apoyándonos en Francisco de Asís, en Antonio Chevrier, ¿cómo ayudarnos unos a otros a vivir esta dimensión fundamental, en las condiciones de hoy? Es la fuente misma de nuestra vida comunitaria y fraterna, así como de nuestro envío en misión.

Las orientaciones del Papa Francisco respecto al tema de la pobreza, particularmente su frase “Quiero una Iglesia pobre y para los pobres”, nos conmueven y alegran mucho. Nos recuerdan las palabras de Juan XXIII “La Iglesia, que es Iglesia de todos, quiere ser en particular la Iglesia de los pobres”. Pero es para nuestra familia espiritual una gran responsabilidad, para ajustar nuestro estilo de vida, nuestro testimonio y nuestras decisiones apostólicas al llamado del Señor pobre en su misión hacia los más desprovistos de nuestras sociedades.

3 - Servir a la esperanza de los pobres en las nuevas condiciones de hoy.

¿Cómo conservar una sensibilidad viva, una capacidad de

indignación en el encuentro de los grupos y personas que sufren situaciones de miseria, de humillación y de explotación? Como el Padre Chevrier, pidamos a Dios en la oración esta “compasión”, que nos haga salir a las periferias, que nos haga compartir así la actitud de Cristo que mira, escucha, ama, alivia y nos confirma así en la opción preferencial por los pobres, articulando al centro de la secularidad, en lo concreto de la existencia, la santificación y la humanización, la fe y la alegría, la fraternidad cristiana y la solidaridad.

Las formas de la pobreza son muy diversas y sin cesar se nos invita a salir hacia la gente en dificultad. Las personas marcadas por las desgracias de la vida, al saberse amadas por Dios, pueden tomar conciencia de su dignidad de creaturas salvadas por Cristo. La preocupación primera de dar a conocer a Jesucristo nos hace más sensibles a los caminos de liberación: ayuda indispensable pero también preocupación de establecer estructuras de justicia, educación para combatir las diversas ignorancias, protección de la creación y de la vida humana en su principio y su fin, construcción del vivir juntos tanto en las familias como en los diversos lugares de sociedad, conciencia de las miserias espirituales, del pecado; recibimiento del Reino...

4 – Tomar nuestra parte, con entusiasmo, en la misión de Dios.

“¡Oh, Dios, admiro tu deseo de darte a conocer!”. El Padre Chevrier admira el deseo de Dios de comunicarse (CDA59). Este deseo de Dios es al que servimos con la preocupación de la evangelización de los pobres en nuestra diócesis y al centro de la Iglesia universal. El Prado es un carisma misionero. Nuestros obispos y nuestras Iglesias están en su derecho de encontrar en nosotros a personas celosas y creativas en el anuncio del Evangelio a los pobres. Cuando una persona celebra el Compromiso del Prado, su Iglesia local recibe a este sacerdote o laico consagrado como si hubiera recibido un don particular del Espíritu Santo, haciéndolo disponible para la misión ante los más desprovistos y para las tareas de formación de apóstoles pobres para los pobres. La recomendación de la última Asamblea sobre “hacer el catecismo” nos permitió comprender mejor la originalidad de la misión según el Padre Chevrier, particularmente durante la sesión internacional llevada a cabo sobre este tema en Limonest.

¿Qué tenemos que “dejar de hacer” o que seguir haciendo para enriquecer a nuestra diócesis con los puntos fuertes del Prado? (cf. C.21). El servicio de formación que hace la Iglesia de China con el apoyo constante del Vaticano, nuestra atención a las solicitudes

provenientes de sacerdotes de África o de otras partes, son llamados para hacernos disponibles a la misión del Espíritu Santo, manteniéndonos atentos como San Pablo con el macedonio que le dice en una visión: “Ven hasta Macedonia y ayúdanos” (Hch 16,9). Sin duda tenemos que tomar conciencia de las dos dimensiones de la misión y discernir cómo desarrollarlas en los próximos seis años:

- La primera, esencial, es nuestra participación en la Evangelización donde nuestro Obispo nos haya enviado. En los servicios habituales del ministerio o del apostolado, se trata de encarnar nuestro carisma con fidelidad y creatividad.

- La segunda dimensión es la misión propia del Prado como Institución, sea a nivel de un Prado regional o local, sea a nivel del Prado General. Se trata de iniciativas misioneras tomadas directamente bajo nuestra responsabilidad. Pienso en aquel Prado que organiza “seminarios de espiritualidad”, retiros abiertos, en aquel otro que edita una revista dirigida a todos los sacerdotes o bien a laicos, en diversas iniciativas tomadas hacia los seminaristas, etc. En el plano del Prado General, estas iniciativas misioneras tomadas bajo nuestra responsabilidad se concretizan sobre todo en el Seminario del prado, la Parroquia de Roma, la Casa de San Andrés, el recibimiento de peregrinos en el “13” y en Saint Fons, en los diversos medios de comunicación (libros, fascículos, sitio...), en la formación con la Iglesia de China...

5 - Una doble prioridad: los jóvenes y los seminaristas

El Padre Chevrier, como verdadero educador de la fe, consagró buena parte de su ministerio a estos dos grupos. ¿Cómo redescubrir la dimensión educativa del Prado ante los jóvenes de los medios más pobres y que sufren más la desestructuración de nuestras sociedades? La pastoral vocacional era una de las recomendaciones de la Asamblea de 2007. ¿Cómo continuar e intensificar nuestro lugar para llamar y formar apóstoles pobres para nuestro tiempo? Para ello, ¿a qué conversión, a qué cambios concretos estamos llamados?

El Prado, en fidelidad con la iniciativa del Padre Chevrier, conservó el Seminario internacional de Limonest. Desde hace seis años, esta institución ha cumplido bien su misión. Unas quince personas están actualmente en formación acompañadas por el Rector y otros dos formadores. Se dará un reporte a este respecto durante la Asamblea. Quisiera subrayar dos desafíos que verdaderamente debemos tener en cuenta: el primero es la dificultad de que los

formadores puedan ser liberados para este ministerio. El segundo es de orden financiero. Muchas de las diócesis de los seminaristas a quienes recibimos no pueden financiar la formación. Sin nuevo financiamiento, el Prado no tiene los medios suficientes para continuar sobre esta vía. ¡Hay ahí un verdadero desafío misionero!

6 - Tomar la dimensión de la catolicidad del Prado.

Aproximadamente en cincuenta países, somos sacerdotes, a veces laicos consagrados (más de 20), laicos asociados (más de cincuenta y tres Prados), pronto diáconos permanentes, llamados a vivir un mismo carisma de unión a Cristo y de amor a los pobres, en toda la diversidad de nuestras situaciones. Cuatro Prados regionales son Prados Erigidos. Tres otros Prados se preparan para vivir esta etapa en los próximos años. Será una de las tareas más importantes del futuro Responsable General y de su Consejo. Ciertas regiones del mundo, particularmente África, esperan mucho del Prado. Hay que subrayar que en dos años casi todos los Prados importantes eligieron o van a elegir nuevos Responsables.

En los próximos diez años, nuestro Instituto va a vivir fuertes evoluciones, en cuanto a la composición de sus miembros y a su repartición en el mundo. El número de pradosianos europeos va a caer. En Francia, por ejemplo, es muy posible que 150 miembros nos dejen en los próximos seis años, teniendo en cuenta la edad promedio, dejando a este Prado con alrededor de 250 miembros con Compromiso. La misma evolución se comprueba en la totalidad de Europa. Aunque ciertos Prados de los otros continentes se desarrollan con la suficiente rapidez, otros avanzan más lentamente y, en muchos casos, el Compromiso Permanente no se celebra sino hacia los 45/50 años o más. En esta Asamblea, ¿cómo anticipar estas evoluciones, sea para la animación internacional sea para las realidades financieras? ¿Cómo permitir que haya “vocaciones fuente” donde jóvenes, desde el seminario o incluso antes, puedan sentir la atracción del Prado y convertirse, si así fuera el llamado de Dios y de la Iglesia, en jóvenes sacerdotes miembros totalmente del Prado? El reto está a la vez a nivel del cumplimiento de la persona y de la puesta en acción dinámica de la vocación misionera del Prado.

7 - La cuestión de la calidad de la formación en el Prado y de las disponibilidades.

Sabemos cuán esencial es esta dimensión y, en lo que respecta a la primera formación, determina de manera duradera a las

personas y a los Prados. “Para una vocación especial, se necesita una formación especial”. Es bueno reconocer que nos cuesta trabajo dar lugar a este objetivo sin negar con ello los esfuerzos realizados en los diversos Prados y en el Prado General, con los años pradosianos o las diversas sesiones y retiros. Notemos también la excelente sesión de formadores reunidos en Limonest en 2010. La Asamblea tendrá que estar consciente de ello. ¿Qué iniciativas tomar? ¿Cómo llamar y formar a los formadores?

Para permitir el desarrollo y la conducción de nuestro Instituto, es indispensable que algunos de nosotros nos liberemos por un tiempo y con el acuerdo de nuestro obispo. La búsqueda de estos pradosianos es una preocupación mayor del Responsable General y de su Consejo. ¿Cuántas veces no he tenido el sentimiento de volver a vivir la experiencia del Padre Chevrier a quien el obispo de Lyon rehusó liberar al Padre Gourdon? Actualmente en el mundo hay 20 pradosianos de tiempo completo o tiempo parcial al servicio de nuestra Asociación. Pero qué dificultad cuando hay que renovar estas responsabilidades. Sin duda sería bueno llamar de nuevo a sacerdotes que puedan estar directamente incardinados en el Prado, dentro del marco del N°111 de las Constituciones: “Excepcionalmente podrán incardinarse en el Instituto algunos miembros para el servicio del Prado y de su misión”. Esto permitiría tener más fácilmente formadores o bien continuar la misión en algunos lugares. ¡Qué sufrimiento por ejemplo ver al Prado pronto ausente en África del Norte!

En conclusión.

Muchos otros puntos podrían surgir. Pienso en la posible canonización de Antonio Chevrier. Se ha reunido un equipo para seguir este tema y proponer entre otras cosas una “novena”. ¿Cómo avanzar este tema? Con frecuencia me he planteado la memoria del Prado, en cada país y en el plano del Prado General. Se ha realizado un esfuerzo en este sentido al momento del 150 aniversario de la fundación. Pero todavía se tiene que escribir la historia misma del Prado a partir de la muerte del Padre Chevrier. ¿Cómo conservar también una memoria viva de los “ancestros”, comenzando por la del Padre Ancel y por la de muchas otras figuras que han marcado la tradición del Prado? No ha podido realizarse un proyecto de exposición en Saint Fons en este sentido debido a falta de financiamiento.

Al inicio de esta Asamblea, no olvidemos que el primer actor de este fuerte tiempo eclesial es el Espíritu Santo mismo, y que estamos

invitados a buscar juntos la voluntad del Padre para conocer mejor, amar y seguir a Jesucristo en su obra de salvación. Sin la gracia, nuestro trabajo es en vano. “Es en vano que tratamos de construir, escribe el Padre Chevrier, *si Dios no está con nosotros, si no es él el arquitecto, si él no dirige los trabajos, proporciona el plano, elige a los obreros y da todas las instrucciones él mismo... Todo por él, con él y en él. Entonces, es a Jesucristo a quien hay que buscar; es con él que hay que construir; es por él que hay que edificar. Es su espíritu el que hay que buscar y poner como fundamento de todo*” (CDA 121).

El Padre Ancel era sensible a este punto: “El Prado es una obra de Dios, una obra muy santa, una obra que nos rebasa tanto que no la comprenderemos nunca plenamente... no se trata de mantener pura y simplemente lo que es. Una obra divina está demasiado llena de savia como para que queramos inmovilizarla en un marco rígido. La mataríamos. Entonces, hay que estar a la escucha y esforzarse por comprender cómo y en qué sentido Dios quiere hacerla crecer” (El Prado N°27, mayo 1942).

Que esta Asamblea sea un tiempo de oración ferviente así como un momento de fraternidad verdadera y exigente. Que sea una comunidad consciente de su misión al servicio del bien común de nuestra Asociación, en la unión sólida a Cristo, dejándonos transformar por su Espíritu, para compartir mejor la compasión del Padre hacia los pobres, los que sufren y los desdichados de nuestro tiempo.

Robert Daviaud
Limonest, 2 de julio 2013 en el Inicio de la Asamblea

ANUNCIAR A LOS POBRES LA RIQUEZA DE JESUCRISTO

INTRODUCCIÓN

El Consejo General del Prado nos ha invitado a beber de la fuente de la Palabra para la preparación y el desarrollo de la próxima Asamblea General, a partir de este pequeño texto y del conjunto de la Carta a los Efesios que ha inspirado y guiado la reflexión, la plegaria, el discernimiento pastoral al que hemos sido invitados en todo este proceso de preparación: **“Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo”**.

Este es el tema que hemos escogido y que hemos comenzado a reflexionar y profundizar. El texto bíblico nos invita a sumergirnos en el mar inmenso de la riqueza de Jesucristo, que nos va a conducir a comprender el designio salvífico de Dios, revelado en Jesucristo a los santos apóstoles profetas: *A mí, el menor de todos los santos, me fue concedida la gracia de anunciar a los gentiles la insondable riqueza de Jesucristo* (Ef 3,8).

En el camino de nuestra Asamblea tratamos de profundizar y de subrayar estos elementos que son la fuente y el motor que inspiran y dinamizan nuestra vocación y misión:

Se trata de **una gracia**. La misión recibida, el ministerio, la vocación del Prado es don y gracia de Dios.

Es una tarea que nos sobrepasa y que sólo podemos realizar con el aliento del Espíritu: el anuncio, el dar a conocer **la insondable riqueza de Jesucristo**. Hemos sido elegidos y **enviados** para llevar a cabo esta misión, para que el designio de Dios llegue a cumplirse y la humanidad se vea transformada y recreada por la riqueza de Jesucristo, el misterio escondido desde siglos pero revelado a sus santos, que es Cristo entre nosotros, la esperanza de la gloria (Col 1,26-27).

Los destinatarios: son todas las naciones, **los pobres** de una forma preferente con quienes estamos llamados a formar **comunidades**

de discípulos, el nuevo pueblo de Dios, derribando el muro de la separación, la enemistad y la injusticia, es decir, recapitulando en Cristo todas las cosas (Ef 1,9).

Retomamos las tres pistas de trabajo que hemos propuesto para la preparación con las aportaciones que los diferentes Prados nos han enviado.

Algunos grupos han mostrado expresamente que este tiempo de preparación ha sido realmente una gracia y muestran así su gratitud. Destacan la intuición y la fuerza que tiene el título y el fondo del tema de la asamblea y la oportunidad de orar y reflexionar en torno a la riqueza de Jesucristo, tal como se expresa en la Carta a los Efesios.

Toda la reflexión, el discernimiento y la comunicación de experiencias que los Prados han hecho para la preparación de la Asamblea son también, una radiografía de la vida de nuestros Prados. En ellas se refleja la calidad de vida pradosiana tanto personalmente como en los equipos, la fidelidad a los elementos constitutivos de la vocación y al carisma, las llamadas a la conversión. Hay abundantísimas referencias al Estudio del Evangelio, a la evangelización de los pobres, a la vida fraterna y también a la Revisión de Vida, el Cuaderno de Vida y a promover la pastoral vocacional pradosiana.

La asamblea en su enfoque y en su desarrollo ha de tener en cuenta del Año de la fe, el reto del acto de fe, tal como nos invita Benedicto XVI: “Intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio que la humanidad está viviendo” (Porta Fidei 8). “Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, reflexionar sobre el mismo acto de fe, es un compromiso que todo creyente debe hacer propio, sobre todo en este Año” (PF 9; 10).

En la misma línea se alude a la Nueva Evangelización: ¿Cómo el Prado va a afrontar la Nueva Evangelización? La evangelización es prioritaria y urgente, es un gran reto para la Iglesia hoy. Las circunstancias y las condiciones han cambiado notablemente. Si en otro tiempo se anunciaba el Evangelio en el contexto de una religiosidad casi omnipresente, hoy hay que hacerlo a partir de la secularización que afecta tanto a ricos como a pobres.

La Iglesia deberá estar siempre muy abierta para conocer y auscultar el pulso de la sociedad, los grandes cambios estructurales que se están operando con mucha celeridad en estos tiempos a nivel político, económico, cultural y también en el terreno religioso. Estas grandes mutaciones están configurando y dando a las personas un perfil diferente y peculiar que es preciso conocer y tener en cuenta en la praxis evangelizadora.

No es este el momento ni podemos hacer un análisis exhaustivo de todos estos cambios. Simplemente recogemos algunos que han sido señalados y que tienen una gran incidencia en la cosmovisión, en las expresiones culturales con respecto a la adhesión a la fe, al rechazo o a la indiferencia.

Un mundo que hace grandes descubrimientos y es consciente de sus inmensas posibilidades, tiene dificultades para reconocer que es pobre y necesitado y que necesita acoger la riqueza del misterio de Cristo. Esto no es nuevo. La experiencia apostólica de Pablo y también nuestra vida apostólica lo muestran con claridad.

Los grandes avances tecnológicos son muy importantes y ofrecen muchas posibilidades a la humanidad, pero la fragilidad humana, la tentación idolátrica que la acompaña siempre ha hecho más arduos y complejos los problemas de siempre: la justicia, la paz, la distribución de los bienes, la lucha contra la pobreza y el hambre. El afán de dominar y manipular la vida ya desde sus orígenes, las nuevas dimensiones del tiempo (todo es inmediato e instantáneo) y del espacio (la nivelación de las culturas y los movimientos migratorios), la volatilidad del dinero van configurando un tipo de personalidad que, más que recrear y humanizar a la persona, puede conducirla a la alienación y a intentar reconstruir la Torre de Babel. Esto empobrecería a la humanidad y haría cambiar el rumbo de la historia hacia la destrucción. Pero el mundo no marcha a la deriva, pues el designio de Dios es unir en un solo pueblo a todo el género humano y recapitular todas las cosas en Cristo en la más perfecta armonía, tal como nos recuerda la misma Carta a los Efesios: *Dándonos a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio que en él se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en el cielo y lo que está en la tierra* (Ef 1,9-10; Col 3,11).

Este es el gran regalo, la gran riqueza que Dios nos ha dado y que nos ha confiado difundir y hacer llegar a todos los hombres y a todos los pueblos, especialmente a los pobres: Jesucristo en quien toda

la humanidad puede encontrar la riqueza que ansía y que busca: *según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros con toda sabiduría e inteligencia* (Ef 1,7b-8).

I LA INSONDABLE RIQUEZA DE CRISTO

1 La riqueza que nace de la pobreza.

Jesucristo es la gran riqueza, el gran regalo que Dios ha dado a la humanidad (Jn 3,16). El es, pues el centro, el fundamento sobre el que todo se construye y tiene consistencia, la fuente de la plenitud: *que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, para que arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede todo conocimiento, y os llenéis de la plenitud de Dios* (Ef 3,14-19).

La insondable riqueza de Jesucristo nos sitúa en la economía de la salvación y de la gracia. El es el punto de partida, el centro y fundamento de nuestra vida y de nuestra misión. Es necesario comenzar siempre desde Jesucristo. Así en la fragilidad y la pobreza de la encarnación se revela la riqueza del don de Dios a la humanidad como un derroche de amor y de gracia: *pues de su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia. Porque la Ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo* (Jn 1,16-17).

Esta gran riqueza, esta gracia desbordante que Dios ha concedido a la humanidad es su Hijo Jesucristo. El Evangelio que él proclama es realmente evangelio de la gracia. El anuncia a un Dios que es amor y gratuidad, que concedió a la humanidad una amnistía total, la posibilidad de vivir en un estado de jubileo permanente (Lc 4,18-22). En él se encuentran sobreabundantemente los bienes que permiten a los humanos vivir en la plenitud de la reconciliación, de la unidad y de la paz. Estos bienes y riquezas no los conquistamos por nosotros mismos, sino que son pura gracia y regalo: *En él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia* (Ef 1,7-8). A estos bienes tenemos acceso por la fe. Son bienes preciosos y muy valiosos. Ellos nos han conseguido la salvación por la cual el Padre ha tenido que pagar un precio muy alto, la sangre, la vida de su Hijo único: *a fin de mostrar en los siglos venideros la sobreabundante riqueza de su gracia, por su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.*

Pues habéis sido salvados por la gracia mediante la fe; y esto no viene de vosotros, sino que es un don de Dios (Ef 2,7-8).

La insondable riqueza de Jesucristo nos llega revestida de fragilidad. Accedemos a ella desde la debilidad y la pobreza del misterio de Dios que se revela especialmente por la encarnación y la cruz, hasta llegar a la plena eclosión en la resurrección. Este es el camino escogido por el Enviado del Padre que nos revela así la riqueza de su gracia abrazando el camino de la pobreza para llenarnos de su riqueza. Es un camino desconcertante y provocador a los ojos del mundo: *Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza (2 Cor 8,9).*

El Hijo no se agarró codiciosamente a su condición divina, sino que se despojó totalmente y abrazó la más absoluta pobreza, para llegar a la plenitud, a la exaltación a la derecha del Padre. Es el camino que traza el himno cristológico de la carta a los Filipenses: *siendo de condición divina, no codició ser igual a Dios sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo... se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo Nombre... y que toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre (Flp 2,6-11).* Jesús, el Hombre Nuevo, aparece en el anonimato y en la marginación. Es un hombre vencido y fracasado según el mundo. A este hombre crucificado el Padre lo ha resucitado, lo ha exaltado. Él está ahora en medio de nosotros y es la esperanza de la gloria (Col 1,27).

El camino del Verbo encarnado es el que estamos llamados a recorrer los discípulos de Jesús y toda la Iglesia: abrazar la pobreza que enriquece para poder evangelizar a los pobres. Hacerse pobres para así poder enriquecer a muchos. Es lo que canta María en el Magnificat, lo que Jesús ha abrazado libremente en la pasión y el camino que propone a sus discípulos, a nosotros: *Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda solo; pero si muere da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna (Jn 12,23-25; cf Mc 8,34-35).* La riqueza de Cristo es su pobreza, el amor que se expresa al asumir y abrazar la cruz: *habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó a hasta el extremo (Jn 13,1).*

Los discípulos lo han dejado todo para seguir a Jesús. En este despojo y en esta desposesión de los bienes de la tierra encuentra el discípulo la mayor riqueza y no el empobrecimiento y la desposesión: *nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. Jesús dijo: Yo os aseguro: nadie que haya dejado casa, hermanos, hermanas, madre, padre, hijos o hacienda por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el ciento por uno... y en mundo venidero, vida eterna* (Mc 8,28-31). La pobreza evangélica proporciona una gran riqueza que sólo pueden aportar quienes han querido hacerse pobres y acoger el don de Dios. Es la gran riqueza que Pedro y Juan ofrecen al paralítico de la Puerta Hermosa del templo de Jerusalén: *No tengo plata ni oro; pero lo que tengo, te lo doy: En nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar* (Hch 3,6).

La riqueza de Dios se manifiesta en la sencillez y en la libertad frente a los bienes y a las personas y dispone el corazón para acoger la gran riqueza que es el Hijo y seguirle más de cerca. Es la propuesta que hace al joven rico para que llegue a ser un verdadero discípulo y así tener la verdadera riqueza: *Aún te falta una cosa: vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven y sígueme* (Lc 18,22). Esta recomendación no es únicamente para los ricos sino para todo el que quiera ser verdadero discípulo de Jesús. Es la misma experiencia del P. Chevrier que se decide a seguir a Jesús más de cerca, se hace pobres para ser más eficaz en la misión de dar a conocer a Jesucristo: "Tomé la resolución de dejarlo todo y vivir lo más pobremente posible...Me decidí a seguir más de cerca a Nuestro Señor Jesucristo, para hacerme más capaz de trabajar eficazmente en la salvación de las almas" (P.B. t. 2,7.97-98).

2 El misterio de Cristo.

El apóstol ha quedado fascinado por el conocimiento del misterio de Cristo y por esto su anuncio se ha convertido para él en el principio dinamizador de la misión que se le ha encomendado: *conforme a la misión que Dios me concedió en orden a vosotros para dar cumplimiento a la palabra de Dios, al misterio escondido desde siglos y generaciones, y manifestado ahora a sus santos* (Col 1,25-26).

Misterio no designa una cosa inaccesible o incomprensible, como sugiere el uso habitual en nuestras lenguas. Misterio quiere decir el designio salvífico de Dios que está actuando en todas las naciones por Jesucristo. El misterio de Dios es Cristo mismo en acción realizando el plan salvífico de Dios.

El misterio de Cristo en su insondable riqueza nos ha sido revelado. El apóstol ha recibido la misión de anunciarlo, de darlo a conocer. La misión del apóstol y la misión de la Iglesia, así como la misión de Cristo, es una misión de revelación: *habéis oído de la misión que Dios en su gracia me ha confiado respecto a vosotros: se trata del misterio que se me dio a conocer por revelación y sobre el que os he escrito brevemente más arriba* (Ef 3,2-3). Dios desvela que Jesucristo ha venido para conducir a todo el universo a la unidad y a la reconciliación. El lleva a la unidad a todo lo que hay en el cielo y en la tierra (Ef 1,10) y también derriba el muro de la enemistad entre judíos y gentiles creando un Hombre Nuevo y reconciliando a ambos en un solo cuerpo por medio de la cruz (Ef 2,14-16).

Esta es la gran revelación: El misterio de Dios es un derroche de riqueza, pero toda esta herencia y fortuna Jesús nos la ha conseguido siguiendo el camino de la cruz, entregando su propia vida. He aquí la gran novedad del misterio que nos ha sido revelado, la verdad que nos hace libres y que pasa por la contradicción y el escándalo de la condenación y de la muerte en la cruz: *en él tenemos por medio de su sangre la redención, el perdón de los pecados, según la riqueza de su gracia que ha prodigado sobre nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad* (Ef 1,7-9).

La reconciliación, la paz y la unidad entre todos los hombres nos vienen por la cruz. Sin ella los muros de la separación, de la división y del odio seguirían en pie. Entrar en el misterio de Dios significa asociarse a la acción salvadora y a la misión de Cristo e implica seguir el camino de la cruz para hacer crecer la paz, la justicia, la reconciliación de toda la humanidad en Jesucristo. El que ha creado un mundo nuevo y una nueva humanidad nos ha asociado a su obra, nos ha recreado para las buenas obras y hacer nuevas todas las cosas: *Somos, pues obra suya. Dios nos ha creado en Cristo para las buenas obras, que de antemano dispuso que practicáramos* (Ef 2,10; 2 Cor 5,17).

Los pobres son llamados y asociados a este misterio, sabiendo que, como Jesús, han de abrazar la cruz y el sufrimiento para ser revestidos de su riqueza. El Evangelio, la Buena Nueva de la resurrección nace de la cruz, del sacrificio y de la entrega de la propia vida. Frente a las religiones del éxito y la prosperidad Jesús nos invita a seguirle, pero sin escapar de la cruz, sino asumiéndola y llevándola cada día. Los pobres saben que si quieren seguir a Jesús y encontrar la verdadera riqueza han de seguirlo por el

camino de la cruz. Y esto es lo que nosotros hemos de hacer y predicar como Pablo: *pues yo no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado* (1 Cor 2,2).

A los pobres hemos de presentarle todo el misterio de Cristo, conscientes de que es un escándalo o una necedad a los ojos del mundo (1 Cor 1,22-25). El amor de Dios a la humanidad no pasa por evitarles la cruz, que ni siquiera el Padre evitó a su Hijo amado; pues esta se convirtió en fuente de vida fecunda, en camino de victoria y de gloria: *El que no perdonó a su propio Hijo, antes bien le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará con él graciosamente todas las cosas?* (Rom 8,32). El misterio de Dios revelado en Cristo sigue siendo desconcertante también hoy para los sabios, los poderosos e incluso para mucha gente religiosa o cercana a la Iglesia, como en tiempos de Pablo. Aún más un escándalo también para muchos pobres, pues acoger el don de Dios, el misterio de Cristo implica despojarnos de nosotros mismos, de nuestras seguridades, apoyos y saberes y dejarse instruir por el Espíritu que nos lleva a conocer a Jesús como sabiduría de Dios, justicia, santificación y redención (1 Cor 1,30).

La pobreza evangélica, la opción preferencial por los pobres tienen su fuente en Jesucristo. Abrazar la pobreza, renunciar a las riquezas del mundo es el camino para acoger y recibir la riqueza de Jesucristo. El prosigue hoy su peregrinación y su pasión en los pobres; está en medio de ellos, se solidariza con sus causas y los conduce a la resurrección. En su amor y su cercanía a los pobres nos muestra al Padre. Por esta razón los pobres se convierten para nosotros en un lugar teológico por excelencia, donde Dios se hace presente, se revela y se deja encontrar.

Jesucristo y los pobres son dos referencias fundamentales en nuestra vida y en nuestra misión; son inseparables y se reclaman mutuamente. Jesucristo nos envía a los pobres y los pobres nos remiten a su vez a Jesucristo. Por esto mismo el encuentro con Jesucristo pobre nos permite acoger y comprometernos con los pobres, y al mismo tiempo, nuestro compromiso y nuestra misión en medio de los pobres, renuevan y fortalecen nuestra fe y nuestra adhesión a Jesucristo.

Este es el gran regalo que hemos recibido: el conocimiento de la fe que nos sumerge en la insondable riqueza de Jesucristo y en el conocimiento de su misterio.

3 Conocimiento de Jesucristo y misterio de la Trinidad.

El conocimiento de Jesucristo implica hacer la experiencia de un encuentro personal con él, no con una entidad abstracta. Dicho encuentro desencadena todo un proceso de conversión. Esta experiencia de encuentro no es fruto de la iniciativa o de las capacidades humanas. Es don de Dios y obra del Espíritu. El permanece siempre con nosotros y por él Jesús sigue presente realizando la obra del Padre. El mismo Espíritu es quien produce en nosotros el conocimiento de Jesucristo. El hace que nos abandonemos totalmente en Dios y conozcamos la plena revelación de Jesucristo.

El estudio de Nuestro Señor Jesucristo nos lleva a conocerle de una manera especial en su relación única y singular con el Padre y en el seno de la Trinidad. A este conocimiento se llega porque Dios mismo nos lo ha revelado y en función de que nos ha elegido para ser sus hijos. Estamos, pues, sumergidos en el terreno de la gracia y de la fe. El misterio que Dios nos revela es Cristo mismo realizando su designio de salvación. Esta es la insondable riqueza de Cristo que el Padre ha regalado a la humanidad y que nosotros aún no conocemos ni acogemos suficientemente, pero que al mismo tiempo tenemos la misión de anunciar y transmitir. Desde esta experiencia podemos decir con plena convicción como el P. Chevrier, conocer a Jesucristo lo es todo.

Jesucristo se nos revela y se nos presenta como una persona referida y centrada en el Padre. El está y pertenece al ámbito de Dios. Por eso le conocemos principalmente como Hijo y como Enviado. Con su vida, con su palabra, con sus obras está revelando quién es el Padre. El nos introduce en el conocimiento y en el seno de la Trinidad, en quien encontramos el modelo de fraternidad y de vida comunitaria que estamos llamados a vivir en cuanto seres creados a su imagen.

Jesús nos revela en su condición humana el rostro, el corazón del Padre y su proyecto de salvación para la humanidad y el mundo, como hemos ya señalado más arriba: *Hacer que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra* (Ef 1,10; Col 1,20).

Este es el proyecto al que se consagra Jesús, que en todo momento se presenta como discípulo del Padre, Hijo obediente dispuesto a hacer siempre su voluntad. Jesús con sus obras y con su palabra refleja y da a conocer el verdadero rostro de Dios. Su acción y

compromiso con los pobres, los pecadores y los últimos nos revelan el rostro tierno y acogedor del Padre y al mismo tiempo nosotros aprendemos a reservar y a tener un espacio y un lugar para los pobres en nuestras vidas, ya que en ellos Dios está presente y se revela de una forma especial.

Jesucristo, Hijo y Enviado del Padre, se revela también como el modelo de hombre perfecto, el hombre nuevo en su plenitud, especialmente por su abajamiento y kénosis desde el pesebre hasta la cruz. Su despojo radical, su pobreza no conduce a la desposesión y al empobrecimiento, sino a una riqueza más plena, inescrutable, que es la fuerza creadora y liberadora de su exaltación y resurrección (Flp 2,6-11). Este dinamismo del Verbo, este itinerario pascual lo encontramos reflejado en el Cuadro de St. Fons, que constituye el núcleo de la vocación pradosiana y del compromiso que hemos hecho en el seno de nuestro Instituto.

4 Caminos de conversión.

El misterio de Cristo y su riqueza insondable ejercen sobre nosotros un fuerte poder de seducción y una gran fuerza de atracción, pero al mismo tiempo experimentamos el combate, la división de nuestro interior que se resiste a despojarnos de todo para abrazar la gran riqueza que Dios nos ofrece. Por esto nuestra vida ha de ser un proceso permanente de conversión a Jesucristo.

La secularización envolvente que respiramos nos ofrece una visión muy superficial de Jesucristo y de la felicidad que comporta su seguimiento. Nuestra sociedad pone obstáculos al espíritu, no comprende el camino de la pobreza evangélica y se ve sometida a una inquietud y a una preocupación constante y casi única por los bienes materiales. Esto genera una serie de males estructurales que están configurando este mundo que nos quiere asimilar: el deseo desmesurado de propiedad, la violencia, la voluntad de poder, la falta de respeto a la vida, a la naturaleza y al medio ambiente.

Este aire secular que respiramos nos está afectando y debilitando en el combate frente al mundo. La falta de interioridad, la dispersión, la vaciedad del corazón conducen a acomodar nuestra vida al sentir y pensar de la cultura reinante buscando razonamientos y justificaciones. La falta de vigilancia, el alejamiento del Evangelio y de los pobres nos hacen más débiles. Este deterioro se manifiesta en actitudes que reflejan una gran fragilidad en la vida sacerdotal y también en la vida cristiana: la pereza y la comodidad, la mediocridad y la falta de convicción, la tendencia a instalarse en

la repetitividad y la rutina, en lo negativo y la lamentación que sólo conducen a la desesperanza y a la esterilidad.

En medio de todo este mundo de resistencias, fragilidades y pecados ¿cómo acogemos la riqueza de Jesucristo que el Padre nos ha regalado para liberarnos de nuestras pobreza?

Nos resistimos a abrazar la radicalidad del Evangelio, a comprenderlo como Evangelio de la gracia, pues esto implica morir a nosotros mismos y aceptar la sabiduría de la cruz. Nuestra seguridad y nuestra garantía no están todavía en Jesucristo; buscamos otras garantías para nuestro futuro. En una palabra, el Evangelio no está en el centro de nuestras Iglesias ni en el centro de la vida de los presbíteros. Persiste la tentación de construir una Iglesia poderosa, de buscar la promoción humana para los sacerdotes y religiosos, de ser gestores y funcionarios o administradores, sin procurar primero lo interior, la savia que da vida y fecunda.

Somos hombres de poca fe o de una fe tibia, vacilante que genera muchos miedos sobre todo para anunciar con libertad y alegría la riqueza de Jesucristo: *¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?* (Mt 8,26; 16,8; Lc 12,28). Estos son algunos de nuestros miedos que reflejan la debilidad de nuestra fe: El miedo a dejarnos conducir por el Espíritu y a dejar de controlar nuestra existencia. El miedo al compromiso que nos arrancaría del individualismo en el que nos hemos instalado. El miedo a permanecer en la riqueza de Jesucristo, a arriesgarnos en la aventura de la fe frente a la tentación de instalarnos en el adoctrinamiento o el moralismo en la misión evangelizadora.

Estamos llamados a vivir en un proceso permanente de conversión que nos configura más plenamente con Jesucristo, nos enriquece con su pobreza y nos dispone a salir al encuentro de los pobres. Nuestro pecado y las mismas fragilidades de la Iglesia son una llamada permanente a introducirnos en este camino de conversión. El Año de la fe es una fuerte interpelación, un tiempo de gracia que el Prado ha de acoger para que nuestro Instituto se recree, se renueve y sea fiel al carisma y a la gran herencia recibida: “El Año de la fe es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo... *La fe que actúa por el amor* (Gal 5,6) se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre” (PF 6).

El cultivo de la **espiritualidad** y de dar prioridad al interior, como nos recuerda el P. Chevrier: “Durante los tres años que pasó Jesús

con ellos para formarlos en la vida evangélica y apostólica... le vemos ocupado constantemente en la transformación interior de sus apóstoles: les instruía sin cesar, les reprendía a cada instante, les disponía a todo, les formaba en todo... Toma a un hombre al cual comunica su vida, su espíritu" (VD 222).

Es necesario que cultivemos decididamente **la interioridad**. El mundo necesita de personas que se dejen transformar cada día por el Espíritu y así poder discernir su acción creadora y liberadora que precede a nuestra acción apostólica. En el cuidado de la espiritualidad **la oración** es fundamental. Es necesario que cultivemos asiduamente la oración, pues la humanidad necesita de personas que hablen con Dios para que puedan hablar bien de Dios.

5 Puntos de avance mirando al futuro.

Las respuestas de los hermanos pradosianos subrayan de cara al futuro cultivar estas dimensiones que son los elementos constitutivos del carisma y de la vocación del Prado.

La centralidad y el conocimiento de la insondable riqueza de Jesucristo. Ahondar en la centralidad y el fundamento de Jesucristo en nuestra vida sacerdotal. No se puede dar por supuesto que conocemos a Jesucristo o que estudiamos el Evangelio, ni que amamos a los pobres.

Los medios del Prado. Las aportaciones subrayan de una forma especial el Estudio del Evangelio y la Vida fraterna, también aparecen con insistencia, aunque un poco menos acentuados, la Revisión de Vida, el Cuaderno de Vida y la evangelización de los pobres.

El Estudio del Evangelio: Se constata la dificultad y la poca asiduidad en la práctica, pero al mismo tiempo se expresa con la misma insistencia la convicción de que el Estudio del Evangelio es algo central en la vida espiritual y en la vida apostólica. En él y de él recibimos la autoridad en el ministerio pastoral, en la misión evangelizadora. Este es nuestro gran combate. No es cuestión de voluntarismo, aunque hemos de cuidar la planificación y la disciplina. Se trata de responder a una gracia recibida: "Estamos, pues, ante una gracia que reclama de nosotros un cultivo incesante..."¹. Este estudio nos permite también conocer la vida de nuestro pueblo y tener nuestra vida unificada en Cristo.

¹ CONSEJO GENERAL DEL PRADO, ¡Haz, oh Cristo, que yo te conozca!, julio (2009), p. 9.

La vida fraterna y la vida de equipo. El equipo es un espacio donde crecemos en fraternidad y podemos compartir y discernir la acción pastoral a realizar. La vida de equipo es fuente de alegría y entusiasmo aún en medio de las dificultades que hay en muchos países para realizar los encuentros. Es el espacio donde hacemos Estudio del Evangelio, Revisión de Vida y oración, pero sobre todo es el lugar donde se comparte la experiencia de fe, se crean lazos fuertes de amistad y de confianza y un profundo deseo de crecimiento espiritual y apostólico.

La vida fraterna no queda encerrada en la vida del equipo del Prado, sino que está abierta a todo el presbiterio y al conjunto de la Iglesia local (Cons. 68). Esto nos lleva a valorar y participar activamente en los encuentros sacerdotales, los retiros y las distintas iniciativas diocesanas de la Formación Permanente y a poner los medios del Prado a disposición de todos.

El cultivo de la **pastoral vocacional pradosiana**. Estamos ante el reto de abrir caminos en una coyuntura compleja que nos está exigiendo renovación, creatividad y la búsqueda de cómo encarnar el carisma pradosiano en este mundo de hoy y en esta Iglesia (¿refundar el Prado?). Hemos de seguir profundizando en el estudio de la vocación pradosiana y la manera de proponerla hoy, especialmente a los laicos a través de diferentes formas de vinculación, como Laicos Asociados u otras iniciativas.

El fomento de la pastoral vocacional pradosiana en nuestras iglesias nos pide y exige el cultivar, favorecer y vivir la comunión y la fraternidad en corresponsabilidad con nuestros obispos, el presbiterio y todo el Pueblo de Dios.

En nuestros equipos y también en las sesiones de formación o en las Asambleas de los diferentes Prados hemos de discernir y revisar nuestras presencias pastorales, nuestro estilo de vida, los medios y las prácticas que proponemos, cuidando especialmente nuestra presencia sencilla y gratuita en medio de la gente, acompañando su camino de fe, sus luchas y sus esperanzas.

Cuidar, especialmente en el Prado General, la dimensión ecuménica, teniendo en cuenta la rica diversidad y la realidad de las Iglesias cristianas en diferentes países, sobre todo en el Medio Oriente.

II EL ENVÍO EN MISION A LOS POBRES DE NUESTRO TIEMPO

¿Cómo estamos realizando los pradosianos la misión de la Iglesia de evangelizar a los pobres desde la especificidad de nuestra vocación y de nuestro carisma?

Las constituciones señalan estas tres dimensiones: La persona de Cristo y su misión, como fuente para comprender la nuestra. La vida de los pobres como referencia de la acción pastoral. Ofrecer los signos del Reino (Cons. 21).

1 Elegidos para la misión.

En la actual coyuntura es necesario reflexionar algunas cuestiones como el antropocentrismo, la secularidad, la crisis cultural y antropológica que estamos viviendo, pues Dios ha sido desplazado o expulsado del centro de la sociedad y ha sido sustituido por el hombre. En este contexto ha de plantearse la Nueva Evangelización hoy, que deberá conocer y analizar las causas de la apostasía y del abandono de la fe cristiana para vivir con espíritu renovado la experiencia comunitaria de la fe y el anuncio en el contexto de las nuevas antropologías y expresiones culturales de las últimas décadas².

La fuente de la misión está en el Espíritu y en el designio de Dios. Por esto mismo la misión es una vocación. El anuncio del Evangelio viene de una llamada, de una elección. El punto de partida es más la riqueza de Cristo (don de Dios) que las necesidades de los hombres. Pero esta misión la hemos de realizar en un contexto de debilidad, en medio de nuestras fragilidades e incluso de nuestro pecado, sabiendo que lo definitivo no es la respuesta de la gente o el éxito pastoral, sino el hecho de ser enviados por Aquel que nos llamó. Esto nos revela que Jesucristo y el misterio del Reino de Dios son una gracia para la humanidad. En este contexto complejo que nos ha tocado vivir hemos de hacer la experiencia gozosa de que la debilidad de nuestro ministerio y de nuestra misión son realmente un acontecimiento de gracia y manifestación de la fuerza y del poder de Dios (1 Cor 2,1-5).

La misión nace también de una revelación. El apóstol ha llegado al conocimiento de Jesucristo porque él se le ha dado a conocer. El Evangelio que anunciamos es sobre todo revelación de Dios. Por eso el apóstol ha de escuchar la Palabra, acoger al Verbo

² Instrumentum Laboris del Sínodo, La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana, N° 47.

del Padre que se revela y se da a conocer. En esta experiencia de comunicación el Estudio del Evangelio es un tesoro precioso que el Prado ha recibido de Dios y que se convierte para todos nosotros en fuente de revelación y renovación.

El encuentro personal con Jesucristo nos llevará a configurarnos con él, a ser otros Cristos, como le gustaba decir al P. Chevrier. Por eso alimentarnos de la Palabra para ser servidores de la Palabra en la misión evangelizadora, es una prioridad para la Iglesia en este tiempo y en la coyuntura histórica que nos ha tocado vivir. Dejar que sea Jesucristo el centro y el motor de nuestra vida nos permitirá confiar plenamente en el Padre y despojarnos de todo para la misión.

El atractivo de Jesucristo y la fascinación del Reino son la fuerza y el motor de nuestra misión. El guía que ilumina este camino apostólico es el mismo ministerio de Jesús. De este modo evitaremos el síndrome del cansancio crónico que padecen muchos hermanos sacerdotes y que puede llevar al pesimismo, a la amargura y a la queja permanente. Este ha sido también el camino seguido por el P. Chevrier: en la contemplación del misterio de Cristo encuentra la luz para evangelizar.

La grandeza de la misión que se nos ha confiado nos urge a dedicarnos a ella con el ardor de la caridad pastoral, la fuerza de la oración y de la fe y el aliento de la comunidad. En este contexto llamado de Nueva Evangelización ha de resonar en nosotros con una gran fuerza e intensidad el clamor y la honda convicción de Pablo: *¡Ay de mí, si no predicara el Evangelio!* (1 Cor 9,16). Sabemos además que esta misión se ha vuelto más compleja en medio de la indiferencia religiosa reinante, la increencia y una visión muy parcial de la Iglesia, especialmente en el mundo occidental. Pero Jesús nos ha enviado el don y la fuerza del Espíritu, que es el alma y el aliento de la misión. Hemos de seguir su impulso que nos envía a salir a las plazas públicas, a los nuevos areópagos, a las periferias de nuestras ciudades y pueblos para dar testimonio de la verdad y de la novedad del Evangelio de Dios.

La misión evangelizadora es obra de toda la Iglesia y es la misma Iglesia quien nos la ha confiado, quien nos ha elegido y nos ha llamado. Todo nuestro trabajo pastoral tiene como finalidad construir y fortalecer el cuerpo de Cristo ejerciendo el ministerio de la Palabra, el ministerio litúrgico y el ministerio de la caridad. La Iglesia existe para evangelizar (EN 14). En el Prado hemos de cuidar y vivir en profundidad esta dimensión eclesial, que

está en la raíz de nuestro carisma. El P. Chevrier quiso ante todo fundar una asociación de sacerdotes para las parroquias que se dedicasen a evangelizar a los pobres, ignorantes y pecadores. La evangelización no es el fruto de una iniciativa individual, sino que lleva consigo el trabajo y la dedicación de una comunidad, de una verdadera Iglesia, asamblea de hermanos convocados a realizar en común la misma misión.

El Evangelio es la gran riqueza que necesita este mundo. El mandato misionero del resucitado resuena vivo, actual y operante en nosotros (Mc 16,15) como un gran desafío. Nuestra misión es ante todo anunciar a los pobres y dar a conocer a Jesucristo. Nuestra referencia es Jesucristo que se hizo pobre para anunciar la Buena Nueva y por esto mismo fue perseguido y rechazado. Este es también el camino de la Iglesia que ha de volverse pobre para poder levantar y reanimar a los marginados y desahuciados, a las víctimas de la idolatría, de la injusticia, en una palabra, del pecado. Estamos llamados a fortalecer la dimensión misionera de nuestro ministerio: salir al encuentro de los ignorantes, de los pecadores y de los alejados de la vida de la Iglesia (Cons. 28).

2 Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo.

El documento de preparación es iluminador en la presentación y comprensión de la evangelización de los pobres, de la necesidad de vivir en medio de ellos, de compartir su vida: los pobres son miembros de nuestro cuerpo, son nuestra propia carne, parte de nosotros mismos. La opción por los pobres nace, pues, de la opción por Jesucristo. De esta forma los pobres nunca serán lejanos, extraños, sino nuestra misma familia unida por los lazos de comunión del Espíritu. La comunión es mucho más radical y exigente que la solidaridad, el imperativo ético de igualdad o los sentimientos espontáneos de indignación que pueden brotar en nuestro interior.

Es necesario salir de nuestros lugares habituales e ir al encuentro de estos nuevos rostros de pobres y de gentes que no conocen a Jesucristo y anunciar el Evangelio. No se puede evangelizar a los pobres desde lejos y a distancia. Es necesario hacerse pobre y compartir la vida de los pobres Hemos de facilitar el encuentro y la cercanía como primer paso para iniciar un proceso evangelizador. Dios nos convoca en los pobres con quienes Cristo se identifica y viene a nuestro encuentro. Esta contemplación no es simplemente una exhortación a la caridad sino la luz que ilumina el misterio de Cristo. En los pobres hay una presencia especial de Jesucristo

que impone a la Iglesia una opción preferencial por ellos. Por esta razón la Iglesia y cada comunidad cristiana han de ser realmente la casa de los pobres. Esta es la mejor manera de presentar la Buena Nueva, de realizar la misión evangelizadora (Cf. NMI 50). Hemos de ir a los pobres con humildad, libres de prejuicios y despojados de nuestras seguridades y de nuestras cosas. El Señor resucitado nos invita a descubrir su gran riqueza, la aportación que hacen a la humanización de la sociedad.

Nuestra vocación y nuestra misión es la evangelización de los pobres, pero al mismo tiempo constatamos la dificultad para realizarla hoy. Los más pobres no están en nuestras comunidades, ni en el corazón de nuestros cristianos, ni forman parte de la fisonomía de la comunidad. Normalmente se han quedado a la puerta para recibir algunos auxilios, ayudas y gestos de solidaridad. ¿En qué medida han descubierto la presencia o algún interés por Jesucristo? Cáritas, las parroquias y otras instituciones eclesiales prestan muchos servicios a los pobres, pero de ahí a anunciar el Evangelio hay un abismo. Hay un esfuerzo grande e intentos de predicar a Jesucristo con las obras, pero el anuncio de la Palabra resulta más complicado y se tiene la sensación de quedar a medio camino por un cierto temor al rechazo, al fracaso o a perder a la gente que se acerca y espera otro tipo de salvación. A veces nos preguntamos si somos animadores de reflexiones sobre temas humanos (psicológicos, sociales, espirituales, revolucionarios...) o testigos del amor de Dios revelado en Jesucristo por el Espíritu Santo.

Nuestra misión evangelizadora normalmente la realizamos entre los más cercanos, los que practican, los que viven una fe más por tradición que por elección. Una gran parte de los sacerdotes realizamos este anuncio a través de la predicación y de diferentes actividades de formación con grupos de catequistas, de padres y de matrimonios para la preparación de algunos sacramentos. La experiencia de un proceso evangelizador acontece fundamentalmente en los encuentros personales, en las visitas a las familias y a los enfermos. Este diálogo abierto nos sorprende por la calidad de la fe y del testimonio que apreciamos en muchas personas y familias (algunas en situaciones irregulares).

No es suficiente con ir y estar con los pobres ni podemos conformarnos con hacer una lectura sociológica de las distintas pobrezas, sino que es necesario entrar en una experiencia de comunión, priorizando el anuncio del Evangelio como el gran tesoro y la gran riqueza que necesitan los pobres y la humanidad hoy. Esto nos exige entrar en un proceso de conversión y dejarnos

evangelizar. En este proceso debemos cuidar mucho el testimonio porque, más que comunicar doctrinas, hemos de ser testigos de aquel que ama y libera a los pobres.

Pero hemos de combatir la tentación reduccionista de quedarnos en la simple promoción, en la solidaridad humana como si ya fuera suficiente, ya que Dios puede salvar por medio de la rectitud de corazón y ha derramado en el mundo y en mucha gente las semillas del Verbo. Por otra parte otras religiones nos ofrecen testimonios y principios inspirados en el Evangelio. Pablo VI prevenía y advertía este riesgo y esta comprensión superficial de la libertad religiosa que refleja también una visión insuficientemente infundada de la fe y de la misión de la Iglesia: “Sería un error imponer cualquier cosa a la conciencia de nuestros hermanos. Pero proponer a esa conciencia la verdad evangélica y la salvación ofrecida por Jesucristo, con plena claridad y absoluto respeto hacia las opciones libres que luego pueda hacer... lejos de ser un atentado a la libertad religiosa, es un homenaje a esta libertad... ¿Puede ser un crimen contra la libertad ajena proclamar con alegría la Buena Nueva conocida gracias a la misericordia del Señor? Pablo VI insistía en la fidelidad a la urgente llamada a anunciar el Evangelio, como experimenta Pablo (1 Cor 9,16) y a no avergonzarnos de él (Rom 1,16), ya que la urgencia de la misión nace del amor al que nos llamó y de ofrecer y compartir el tesoro que hemos recibido: “No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no les anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo o por vergüenza, o por falsas ideas omitimos anunciarlo? Porque eso significaría ser infieles a la llamada de Dios que, a través de los ministros del Evangelio, quiere hacer germinar la semilla; y de nosotros depende el que esa semilla se convierta en árbol y produzca fruto” (EN 80).

Sin embargo el compromiso con los pobres no debe quedar únicamente en el ámbito eclesial, en las organizaciones y programas de instituciones y grupos eclesiales. La fe no queda reducida únicamente a lo espiritual y a la esfera privada sino que abarca a toda la persona y tiene la capacidad de transformar la sociedad y de generar una nueva cultura y una nueva civilización. La evangelización sobrepasa el ámbito religioso y la conciencia individual; está en estrecha relación con la promoción integral de las personas, con el desarrollo y la promoción de los pueblos destinados a fomentar unas condiciones de vida más humanas. La fe, el evangelio no separan del compromiso por el desarrollo

y por la justicia, sino que hacen de él una verdadera vocación y contribuyen a hacer más humana y fraternal tanto el desarrollo como la misma justicia. Así lo subraya la Doctrina Social de la Iglesia: “Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero «al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre a lo Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da la idea verdadera de la vida humana” (PP 42; cfr. CIV 16).

Es necesario hacerse presentes en los ámbitos seculares, donde nuestra presencia es más escasa y difícil: las instituciones políticas, el mundo sindical, la universidad y las escuelas, las asociaciones culturales, las organizaciones no gubernamentales que se ocupan del desarrollo, de la cooperación internacional y de un orden social más justo y humanitario. “La Iglesia ha promovido siempre la elevación humana de los pueblos a los que llevaba la fe en Jesucristo. Tomando parte en las mejores aspiraciones de los hombres y sufriendo al no verlas satisfechas, desea ayudarles a conseguir su pleno desarrollo y esto precisamente porque ella les propone lo que ella posee como propio: una visión global del hombre y de la humanidad” (PP 12; 13). En una palabra, los cristianos bajo el impulso y el dinamismo de la fe comprenden que son llamados a trabajar y colaborar por hacer posible el paso de unas condiciones de vida menos humanas a condiciones más humanas (PP 20; 21).

Los pobres de siempre y especialmente los nuevos pobres son una interpelación y una llamada apremiante a ponernos en marcha a través de nuestra acción pastoral para llevar una Buena Nueva de esperanza, de aliento y de futuro.

¿Creemos de verdad que Dios nos llama por este camino, que este es un elemento constitutivo de nuestra vocación? ¿Qué supone esto para nuestra vida cristiana y nuestra misión pastoral?

3 Nuevos lugares de misión y nuevas iniciativas pastorales.

¿Los nuevos lugares de misión a los que nos sentimos llamados a ir son nuevos o son los lugares de siempre? Podemos decir que son los lugares de siempre, pero que en este momento se encuentran muy lejos o al margen. En este ese sentido se podrían considerar nuevos. Hoy es más necesario que nunca salir al encuentro de esos nuevos rostros de pobres y de gentes que no conocen a Jesucristo y anunciarles el Evangelio.

El denominador común de los lugares de misión es la pobreza y el sufrimiento. Se trata de personas y colectivos afectados por las nuevas pobrezas sumadas a las de siempre aún sin erradicar. Son los colectivos muy próximos a los que Jesús se dirige en el comienzo de su misión evangelizadora (Lc 4,14-30; 7,21-23).

Entre estos colectivos sobresale **el mundo juvenil** al que nos sentimos llamados a ir y a hacernos presentes para testimoniar y dar a conocer el Evangelio. Dentro de este sector hay otros subgrupos en situación de fragilidad y de emergencia social: los jóvenes sin empleo, el fracaso escolar, muchos adictos a la droga y al alcohol, las pandillas de violencia y extorsión...

La Pastoral juvenil se presenta como un gran reto. Los jóvenes desde una edad muy temprana se sitúan lejos de la órbita de la Iglesia. ¿Estamos ante un colectivo que la Iglesia ha perdido ya? Es un mundo en el que estamos poco presentes y se tienen grandes dificultades para establecer espacios de encuentro y de diálogo. Sin embargo hay unos centros de interés que revelan su gran potencialidad y que son buena tierra donde puede algún día germinar el Evangelio: las cuestiones sociales como la paz, la democracia, la justicia, la equidad...

Otro campo de misión que interpela y llama a una presencia y a un compromiso más firme y audaz es **la familia**. Esta es muy importante en la transmisión de la fe a las futuras generaciones. Por eso la Pastoral familiar debe ser una prioridad en nuestra misión. Nuestra pastoral ha de cuidar la formación cristiana, el acompañamiento de las familias en sus diversas situaciones vitales y en la difícil coyuntura social, cultural y religiosa que estamos viviendo. En una gran parte de las familias se ha quebrado el hilo de la transmisión de la fe de padres a hijos y apenas hay espacios para vivir, compartir y expresar la fe en el ámbito familiar. Esto nos ha de llevar a promover y fomentar la participación de las familias en los procesos catequéticos de las parroquias y de las diócesis.

El mundo de la familia está sufriendo una serie de cambios muy profundos, algunos están poniendo en crisis la comprensión y la misma institución familiar en cuanto tal. Las rupturas familiares son cada vez más frecuentes. Los divorcios, las personas casadas de nuevo, las mujeres solas y las que tienen que ocuparse exclusivamente de los hijos, las parejas del mismo sexo, los llamados nuevos modelos de familia están marcando la vida de muchos cristianos. Todo esto hace que un gran número de personas, sobre todo en las relaciones afectivas y en la vida matrimonial, estén

viviendo de forma irregular según la moral de la Iglesia, mientras gozan de la aceptación y de un gran reconocimiento social.

El complejo mundo de **las migraciones** por imperativos económicos y también por motivos políticos a causa de las guerras, la violencia, el crimen organizado. Ha de ser una pastoral de toda la Iglesia y no únicamente de personas o grupos más concienciados. Esta pastoral deberá promover acciones conjuntas en las distintas facetas de la vida diaria propiciando que los inmigrantes tengan un protagonismo y una presencia activa que redunde en bien de toda la sociedad y donde los cristianos se puedan reconocer en el deber de acoger y respetar otras sensibilidades y otras formas de expresión humana y religiosa.

Las víctimas de la fuerte e interminable crisis económica. Son grupos muy diversos de gente sin esperanza ni expectativas que la sociedad margina y que paulatinamente se van deteriorando por distintas causas: La pérdida y la inseguridad en el trabajo, los recortes sociales, el miedo a perder la vivienda... Estas situaciones pueden derivar en otras mucho más complejas como son el pesimismo, la depresión, la caída en algunas adicciones dañinas para la persona y el entorno.

Un campo realmente nuevo que algunos Prados sugieren y que es un gran desafío es el mundo de las nuevas tecnologías y de las redes sociales. Es un mundo que todavía no conocemos suficientemente con potencialidades muy notables, pero también con aspectos problemáticos en los comportamientos individuales y de masa. Sin embargo es necesario afrontar este mundo porque determina actualmente nuestra cultura así como los lenguajes y comportamientos derivados.

¿Cómo ir a estos pobres que acabamos de describir?

Los pradosianos muestran una gran atención y un fuerte deseo de hacerse próximos a los colectivos pobres y vulnerables, a las víctimas de un sistema injusto e inhumano que desconoce la compasión y la misericordia, tratando de poner en práctica hoy lo que vivió y nos legó el P. Chevrier: “Pidamos a Dios que suscite en nosotros una gran compasión para con los pobres y los pecadores. Esto es el fundamento de la caridad, sin compasión espiritual no haremos nada. Fomentemos en nosotros esta divina caridad para salir al encuentro de las miserias del prójimo y decir como Jesucristo: “Venid a mí” (VD 418, Ms X. 261-262).

Un reto importante es el acompañamiento de los procesos de iniciación a la fe, el proceso catecumenal que ya encontramos en la misión de Jesús y que institucionalizó la Iglesia de los primeros siglos (el catecumenado). Nuestra formación catequética y la formación de los catequistas deberán tener muy en cuenta el nuevo Plan de Iniciación Cristiana.

4 Actitudes fundamentales de fe y de oración a cuidar.

Este momento histórico y la cultura reinante nos están desposeyendo de muchas seguridades y apoyos y nos hace sentir la debilidad y la impotencia para la ardua y apasionante tarea de la evangelización. ¿Cómo esta fragilidad está siendo para nosotros una experiencia de enriquecimiento y de fortaleza interior? Es una llamada a ir a las raíces, a verificar cómo la opción por Jesucristo nos alienta a vivir una pobreza que realmente enriquece a los pobres.

La convicción de que el desconcierto y la incertidumbre reinantes son un tiempo favorable para dar a conocer a Jesucristo. La humanidad de hoy es capaz de abrirse al Evangelio, que es el gran tesoro y la perla que busca con afán y por el que es capaz de arriesgarlo todo.

Es necesario confiarse a la oración para saber reconocer en los pobres la imagen de Jesucristo. La lectura de la Palabra y el Estudio del Evangelio han de realizarse en un clima de oración y de escucha de Dios que nos guía y alienta en nuestra misión. La Nueva Evangelización es ante todo una escuela de oración. Esta ha de estar arraigada en la realidad que estamos viviendo y muy ligada a las necesidades del mundo.

La fe es una relación amistosa con Dios y de Dios con nosotros (DV 2). Por esto mismo la fe es un proceso relacional, no ideológico ni adoctrinador. El fundamento de la existencia es la relación. Dios es una comunidad de personas. Crea la humanidad a su imagen para establecer una relación entre los seres, sobre todo para hacerla entrar en comunión con él. Por esto mismo en la vida religiosa y en la vida de fe la cuestión principal no está en los ritos, las prácticas, ni siquiera en las convicciones, sino que es una cuestión de relación con Dios, con los otros y consigo mismo.

Para crecer y cultivar estas actitudes, esta relación y el encargo de la misión hemos de cuidar ante todo los medios del Prado: el conocimiento de Jesucristo a través del Estudio del Evangelio, el conocimiento de la vida de los pobres a través de la Revisión de

Vida y del Cuaderno de Vida, la vida fraterna. La fidelidad renovada a los Consejos Evangélicos. A través de ellos representamos a Jesucristo pobre en su pesebre, sufriente en la cruz, hecho alimento en la Eucaristía (VD 342). La conversión del apóstol pasa por vivir *la Regla de lo necesario, por aprender sufriendo a obedecer, por ejercitar la caridad pastoral haciéndose buen pan.*

Vivir la misión pastoral a imagen de Cristo el Buen Pastor. Esto nos impulsa a ir a los que están lejos, a buscar a los pobres, ignorantes y pecadores. A salir también al encuentro de otros pueblos, razas y religiones sin dejarnos atrapar por las ideologías y progresando en el diálogo ecuménico e interreligioso. Normalmente se tiene poco contacto con personas que viven en situaciones irregulares, pero cuando este contacto se da, resulta hermoso y positivo, porque se establece una relación más profunda y una verdadera posibilidad de anuncio del Evangelio.

Vigilar y cuidar que los nombramientos pastorales estén de acuerdo con nuestro carisma. Hacer propuestas y estar disponibles para ir a los sitios más difíciles (Cons. 26). Nosotros hemos de profundizar cada vez más en la opción por los pobres, ponerles en el centro de nuestras comunidades para que ellos mismos puedan evangelizar a otros pobres.

5 Signos del Reino.

Hemos subrayado los daños devastadores de las nuevas pobrezas, de la miseria que presentan un panorama muy oscuro. Pero no todo está perdido. En medio de este panorama sombrío hay rayos de luz y caminos de esperanza que están floreciendo, que muestran que el Reino de Dios está en medio de nosotros transformando lentamente el mundo y la historia.

Cada vez cobra más fuerza un aprecio y una mayor sensibilidad por los derechos humanos, la dignidad de las minorías y el sentido de democracia y transparencia.

Frente a una economía inhumana y sin entrañas están surgiendo formas alternativas al servicio de los pobres y de una mayor justicia y solidaridad en torno a la creación de empleo, rentas sociales, formas de economía solidaria, acceso de los pobres a la universidad. En esta misma línea están las realizaciones y programas de las ONGs, la implicación de la Iglesia a través de Cáritas y el trabajo de tantos voluntarios anónimos.

Percibimos también como signos del Reino algunos movimientos que se están afirmando cada vez más en la sociedad y que trabajan por la dignidad de los pobres y excluidos. Entre ellos destacamos el movimiento ecologista, la emancipación de la mujer como signo de madurez de la humanidad, la denuncia y los programas de algunos movimientos alternativos, los movimientos que luchan por la libertad y solidaridad de las personas y de los pueblos.

La crisis actual que parece tan negativa y catastrófica puede ser también un signo de esperanza y un tiempo de gracia si sabemos leerla en profundidad. Desde la crisis Dios nos está llamando a un seguimiento más radical. Esta crisis global y coyuntural es uno de los signos de los tiempos donde Dios nos cita y nos sale al encuentro. Es una oportunidad para desenmascarar el fracaso del hombre que ha querido romper y liberarse de Dios para endiosarse él mismo y ver que su proyecto se desmorona. La crisis no sólo es financiera y económica. Es el hombre mismo quien está en crisis y desorientado, y para reencontrarse necesita volver a Dios.

El valor positivo de la secularización. Es una oportunidad para que vayamos a las raíces de la fe y no tanto a las raíces de la re-cristianización. Es un tiempo favorable ofrecido para valorar la auto-
nía del mundo, su bondad y sus posibilidades de abrirse camino hacia una liberación cada vez más plena. La misma religión necesita esta secularización ya que ha de preocuparse más de cómo vive la gente en el mundo que de la realización de los ritos religiosos. En las profundidades de lo secular descubrimos lo sagrado. Dios no está fuera de este mundo, sino en el corazón de este mundo.

La vida eclesial ofrece también algunos signos del Reino que son signo de esperanza y de gozo en la misión: El impulso misionero de consagrar la vida a Dios para servir mejor a los pobres. La formación cristiana que alienta y hace descubrir, especialmente a los laicos, su vocación misionera al servicio de los pobres, suscitando, de entre los mismos pobres, discípulos de Jesucristo, apóstoles, catequistas...

Nuestras parroquias y comunidades son una minoría, un pequeño rebaño que ofrece su sencilla aportación desde la gratuidad, dando gracias por este don que es el Evangelio el cual tiene la virtualidad de transformar y recrear este mundo.

Como apóstoles estamos llamados ser testigos de esperanza para que la palabra del Evangelio pueda impregnar toda la realidad

que nos envuelve y hacer brotar la alegría en medio de tantos sufrimientos. Como el Buen Pastor experimentamos la alegría de ver cómo los sencillos y los pobres acogen la gracia de conocer al Padre y a su Enviado (Lc 10,21-24).

Mirando al Prado también se sugieren y se proponen algunas iniciativas. Se vuelve a reiterar la fidelidad a los medios del Prado: El Estudio del Evangelio, la vida fraterna, la Revisión de Vida y el Cuaderno de Vida. Cuidar mucho la pastoral vocacional pradosiana en nuestras diócesis y en el conjunto de cada Prado. Pensando en los sacerdotes jóvenes que muestran un cierto interés y cercanía nos encontramos ante el reto tal vez dar un rostro nuevo a nuestros Prados con lo que implica de renovación, de apertura y de acogida a las nuevas generaciones que son muy distintas a la mayoría de nosotros. En esta propuesta hemos de cuidar la llamada a asociar más a los laicos y a los jóvenes a nuestra espiritualidad y a nuestra misión al servicio de la evangelización de los pobres.

III FORMAR COMUNIDADES DE DISCIPULOS

Esta tercera parte es una invitación a profundizar y a discernir cómo el Espíritu Santo nos está lanzando e impulsando a hacer nacer verdaderas comunidades de discípulos en medio de los pobres y en el seno de la Iglesia. Una llamada a revisar cómo estamos impulsando la evangelización en fidelidad al mandato misionero del Señor resucitado que es tan necesario llevar a la práctica hoy en nuestras Iglesias: id y haced discípulos (Mt 28,18-20).

1 Signos de una comunidad de discípulos.

Jesucristo es el centro, el fundamento sobre el que la comunidad se apoya y se construye (1 Cor 3,11). Él es quien fortalece y fecunda su vida y su misión, el vínculo de comunión profunda que hace posible que la comunidad viva y experimente que es un solo pueblo y un solo cuerpo. En esta experiencia profunda de comunión con Cristo encuentra su raíz y fundamento la opción preferencial por los pobres, la comunión de bienes, el compartir los bienes espirituales y materiales, el dar gratis lo que se ha recibido gratis: la riqueza de Jesucristo.

La opción por la pobreza evangélica tiene su raíz y motivación en la opción por Jesucristo. Él es la gran riqueza que Dios ha regalado a la humanidad. La gran necesidad de los pobres es el conocimiento de Jesucristo, el gran ausente de la religión popular. Por esta razón la evangelización de nuestro pueblo es una tarea

urgente que reclama nuestra dedicación y nuestra entrega plenas. Los pobres son un terreno preparado donde el evangelio puede brotar y dar fruto.

Los pobres en el lugar de preferencia. En estos momentos de crisis los pobres son más objeto de nuestra ayuda y asistencia que sujetos y protagonistas en la vida y en las acciones de la comunidad. Una comunidad de discípulos se caracteriza por escuchar a los pobres y por mostrar entrañas de misericordia con los más olvidados y desprotegidos de la sociedad, pero siendo muy conscientes de lo esencial, de lo que constituye la verdadera riqueza: el anuncio del Evangelio, que tiene la capacidad de hacer una nueva creación, un mundo nuevo y una humanidad nueva a imagen de Jesucristo, el nuevo Adán.

Un signo de vitalidad es su celo misionero, la capacidad de salir en busca de los que están lejos, de abrirse y traspasar las fronteras de la parroquia y de su entorno próximo para abrirse a comunidades más amplias en el ámbito parroquial, diocesano o en distintos movimientos. Apertura también a la sociedad, valorando y apoyando lo que es verdaderamente importante para las personas, especialmente para los pobres. Disposición y apertura también para acoger la diversidad humana y cultural para vivir desde sensibilidades diversas la riqueza de Cristo. La misión de Cáritas es un testimonio revelador de este espíritu abierto y universal.

Una auténtica comunidad de discípulos ha de mostrar estos rasgos: una comunidad que ora, que celebra, que promueve la comunión y el impulso misionero, que es casa abierta a los pobres y desfavorecidos.

Para los pobres y para la misma comunidad cristiana la liturgia es una verdadera escuela de comunión filial y fraterna donde se alimenta y fortalece la vida de discípulos y de apóstoles siendo sal y luz en medio de este mundo. La liturgia alimenta y fortalece la fe y toda la vida de la comunidad como reafirma el concilio Vaticano II: “No obstante la liturgia es la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que todos, hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor” (SC 10). La Palabra, la Eucaristía y la oración constituyen los ejes fundamentales a cuidar en la liturgia y en la expresión y vivencia de la fe.

La liturgia no se ciñe a la celebración de unos ritos, sino que está abierta a la vida y a todas las dimensiones de la fe. En la liturgia recibimos el impulso y la fuerza para realizar la misión. Ella está en estrecha relación con la evangelización: “La sagrada liturgia no agota toda la acción de la Iglesia, pues antes de que los hombres puedan acceder a la liturgia es necesario que sean llamados a la fe y a la conversión” (SC 9).

Un gran reto que tenemos en la vida de las comunidades es articular de forma armónica y unitaria los distintos componentes de la misión de la Iglesia y de la vida de las comunidades: el anuncio del Evangelio, la liturgia, la oración y la contemplación, el compromiso por la justicia y la paz, la inculturación, el diálogo interreligioso... Encontrar el punto que los articule en una experiencia única.

2 Formar comunidades de discípulos.

Hacer discípulos es el mandato que Jesucristo hace los apóstoles después de la resurrección, cuando les envía a ir a todas las naciones para formar en ellas verdaderas comunidades consagradas al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo (Mt 28,18-20).

Formar comunidades de discípulos es el gran reto y, parafraseando al P. Chevrier, también la gran necesidad de la Iglesia hoy. A través de estas comunidades será posible el paso de una fe heredada o sociológica a una fe personalizada, que es fruto de una opción libre y consciente de seguir a Jesucristo y colaborar con él en la misión que el Padre le ha confiado.

¿Cómo estamos trabajando en orden a esta incorporación activa y a que los pobres sean verdaderos discípulos de Jesucristo en el seno de las comunidades? ¿Cuál es su papel y su aportación en la evangelización?

La Iglesia para ser fiel a Jesucristo ha de ser una Iglesia pobre y humilde que busca ser servidora de la humanidad. Antes que organizar grandes eventos la Iglesia deberá buscar cómo ofrecer a los pobres la experiencia de Dios, el camino de la fe para poder formar verdaderas comunidades donde se escucha la Palabra y se pone en práctica. Por esta razón es necesario comenzar de nuevo desde Jesucristo proponiendo la fe como un encuentro personal con él, la lectura de la Palabra meditada y compartida de donde brota la energía y el manantial de una vida nueva en fraternidad y corresponsabilidad.

La reflexión de nuestros Prados ha sido muy abundante y completa en cuanto a lo que los pobres nos aportan, nos enseñan, nos enriquecen y cómo nos remiten a Jesucristo y al Evangelio.

Hay una expresión que forma parte ya de la tradición y del vocabulario del Prado desde hace ya unos pocos años que también se ha repetido reiteradamente en las aportaciones: los pobres son nuestros maestros, los pobres nos evangelizan. En la escuela de los pobres encontramos luz para crecer en el conocimiento y seguimiento de Jesucristo y descubrimos cómo el Evangelio se encarna y se puede leer en sus vidas. Su testimonio de fe es un estímulo y una interpelación para vivir la vida evangélica. Son capaces de compartir su fe, sus luchas para construir la paz y fraternidad, para afrontar un futuro de esperanza. Nos enseñan la generosidad, el espíritu de comunión y el compartir los bienes, la solidaridad al servicio de la comunidad.

Es importante reconocer y agradecer cómo los pobres nos revelan el amor y la ternura de Dios y nos impulsan a seguir más de cerca a Jesucristo. Ya hemos indicado que hemos de ir a los pobres, vivir en medio de ellos y compartir su vida. También señalamos la dificultad para anunciar a Jesucristo. Por eso no es suficiente decir que los pobres nos han evangelizado, sino que además necesitamos decir y experimentar cómo estamos haciendo de los pobres verdaderos discípulos de Jesucristo, ya que hemos sido elegidos y hemos consagrado nuestra vida a esta misión: id y haced discípulos. Esta es la manera de que lleguen a ser protagonistas en los procesos de liberación y de evangelización que hemos de iniciar. Somos enviados a los pobres como testigos de Jesucristo para darlo a conocer a través de nuestra palabra y de nuestro testimonio de suerte que puedan decidirse a seguirlo más de cerca y lleguen a ser testigos para sus hermanos. ¿Es este realmente nuestro proyecto pastoral al que dedicamos nuestro trabajo, nuestra entrega y nuestras energías en la búsqueda de una pastoral renovada que responda a las necesidades de nuestro tiempo?

Nuestra misión de formar comunidades de discípulos reclama en primer lugar la comunión y la configuración con Cristo, el estar habitados por él (Gal 2,20), para poder darse y dar a Jesucristo a los pobres. Por esta razón nosotros hemos de compartir con los pobres no sólo el pan material, sino el pan que viene del cielo, Jesucristo. La oración y el Estudio del Evangelio reavivan en nosotros el ardor misionero que nos impulsa a ir a los pobres, a vivir con ellos, a formar verdaderas comunidades de discípulos y

hacer que puedan conocer a Jesucristo, que es la mayor riqueza que va a transformar sus vidas.

Proponemos que la Asamblea General anime a que cada Prado elabore y realice un plan para promover comunidades vivas de discípulos.

3 Iniciativas pastorales de cara al futuro.

En algunos países de vieja cristiandad es necesario acentuar el protagonismo de los laicos y su corresponsabilidad en el seno de las comunidades cristianas, pues todavía persiste el clericalismo. Los laicos son más colaboradores del sacerdote que cristianos corresponsables en la vida de la Iglesia y de la misión de anunciar a Jesucristo. Por otra parte en otros continentes, especialmente en América Latina, donde las parroquias suelen ser muy grandes y extensas, se han de impulsar y favorecer las comunidades eclesiales de base como el ámbito donde se vive la dimensión comunitaria de la fe.

La primacía de la evangelización y el espíritu misionero impulsan a las comunidades a salir de sí mismas y a ir al encuentro de los que están fuera. Esto implica cuidar las presencias y los lugares pidiendo ir a parroquias pobres, barrios marginales, colectivos que viven en precariedad. Una misión pastoral que cuida el contacto asiduo con la Palabra, la Eucaristía y el nacimiento de nuevas comunidades cristianas insertadas y comprometidas en la sociedad en que vivimos.

La pastoral hoy demanda una presencia en ciertos campos de los que la Iglesia está hoy alejada y que resulta difícil y complicado abrir caminos a la misión, pero son todo un reto y también una gran necesidad: el mundo de los jóvenes, las escuelas y las universidades, medios de comunicación, las nuevas tecnologías. La forma de afrontar estos retos es muy diversa según los países; las presencias y respuestas no se pueden enfrentar de la misma manera.

Los campos a cuidar en la acción pastoral de cara al futuro son la renovación de la parroquia, el impulso de la formación y la pastoral de procesos.

La renovación de la parroquia. Es necesario reinventar un nuevo modelo de parroquia que sea una red de comunidades. La parroquia ha de salir de sus muros y de su entorno más próximo. Los asiduos, los que acuden a todo son los que están acaparando todas las

iniciativas y las actividades pastorales. Nuestras comunidades han de priorizar la apertura, el ir al encuentro de los pobres y de los que están lejos.

La formación y la profundización en la fe deberán ser la opción pastoral principal, privilegiando estos tres campos: los laicos, los jóvenes y también el complejo mundo de las redes sociales. De acuerdo con la vocación del Prado se insiste en la formación de catequistas, en la formación de apóstoles pobres para los pobres y también en la formación de los seminaristas en la medida que sea posible.

Hacer distintas propuestas de formación: bíblicas, patrísticas, grupos de oración, de gente que está en búsqueda a partir de sus inquietudes sociales y culturales. Prestar una atención a los que el P. Chevrier llamaba los “ignorantes”, los que hoy no conocen a Jesucristo, especialmente en los países de vieja cristiandad. Promover la lectura orante de la Biblia u ofrecer el Evangelio a los pobres. Es necesario ofrecer un alimento sólido, el pan de la Palabra. El pueblo sencillo es presa fácil de las sectas porque allí encuentran la palabra.

Hacer una pastoral de procesos para que la evangelización sea real y efectiva. Es necesario tener el sentido de las etapas, del camino a recorrer. Los procesos requieren mucho tiempo y dedicación. Hemos de ser pacientes y no caer en la tentación de buscar efectos o resultados inmediatos. Jesús atendía a las muchedumbres, pero dedicó mucho tiempo a los apóstoles a explicarles los misterios del Reino, el sentido de la Pasión y de la Pascua. No podemos olvidar que el proceso es lento, discreto y progresivo.

La Iglesia únicamente podrá responder al reto de la evangelización hoy si la habitual pastoral de la iniciación eclesial recupera su originaria dimensión catecumenal, vinculada al primer anuncio y a la evangelización. Por eso en el actual contexto de la Nueva Evangelización el Prado, en comunión con toda la Iglesia, está llamado a promover de nuevo el Catecumenado, como preparación a los sacramentos de la iniciación cristiana y al proceso de redescubrir de nuevo la fe.

En todo este proceso de promover comunidades de discípulos el Prado aporta primordialmente la formación a través del Estudio del Evangelio, la mirada teológica sobre la vida de los pobres, la vida fraterna y la inserción en los lugares donde está en juego la vida de los pobres. La formación permite hacer un verdadero

discernimiento a la luz de la fe y asumir con alegría el ejercicio de la misión en comunión y corresponsabilidad.

En el seno de la Iglesia hemos recibido la vocación pradosiana, como una gracia al servicio de la misión de anunciar la Buena Nueva a los pobres. Por eso nos sentimos urgidos a renovarnos en la fidelidad a dicha vocación y al compromiso de una vida consagrada en el corazón del mundo viviendo los Consejos evangélicos a la luz del Cuadro de St. Fons. ¿Cómo estamos siendo testigos de la radicalidad evangélica, de la configuración plena con Jesucristo en nuestras Iglesias y presbiterios? ¿Cómo la encarnación, la cruz y la Eucaristía están configurando nuestra vida y ministerio de tal manera que con ellos podamos mostrar cercano y visible al mismo Cristo?

En la presente coyuntura creemos humildemente que el Prado tiene algo muy importante que aportar a la Iglesia, que nuestro carisma es de plena actualidad. Esto nos invita a renovar nuestro compromiso y nuestra fidelidad, conscientes como Pablo de que a nosotros se nos concedió la gracia de anunciar a los pobres la insondable riqueza de Cristo. Desde esta convicción y desde reto estamos llamados también a proponer la gracia del Prado a otros hermanos, a promover la pastoral vocacional pradosiana al servicio de la evangelización que hoy es Nueva Evangelización.

El Prado deberá programar una sesión sobre la crisis económica y sus repercusiones a nivel personal, social y eclesial. Así mismo deberá también reflexionar sobre la dimensión política de la encarnación de tal manera que la causa de los pobres llegue a ser nuestra gran preocupación.

Xosé Xulio Rodríguez

LA ASAMBLEA GENERAL DEL PRADO UNA EXPERIENCIA DE PENTECOSTÉS.

Testimonio de Tarcisio Ramirez Venegas
Prado de Hermosillo.

Estimados hermanos pradosianos, soy el Padre Tacho de Hermosillo, quiero compartirles algo de lo que viví en esta Asamblea del Prado en Limonest, Francia, del 2 al 19 de Julio de 2013. En primer lugar agradezco a Dios y al Consejo del Prado de México por haberme escogido para ir a representarlos y vivir esta experiencia del Espíritu en esta Asamblea. Para mí, fue la vivencia de un verdadero pentecostés, ya que experimentamos la acción del Espíritu de Jesús en la persona de cada uno de los 57 delegados de 20 países, en las oraciones, Estudios de Evangelio, vida fraterna y demás actividades que vivimos esos días. Un pentecostés porque estábamos sacerdotes de muchos lugares del mundo, con idiomas diferentes, edades distintas y sin embargo, con un lenguaje común: querer seguir a Jesús pobre encarnándonos como Chevrier en el mundo de los mas excluidos y marginados de nuestras comunidades compartiendo mutuamente con ellos(as) la riqueza de Jesucristo.

Fueron días de intensa actividad reflexiva, oración y convivencia fraterna como se estila entre nosotros. En estos días hemos experimentado la acción del Espíritu en todos los momentos del desarrollo de la Asamblea.

El Espíritu Santo se manifestó al llevar a cabo **las elecciones** del nuevo Responsable General, de sus dos asistentes y de los miembros del Consejo permanente. Fue un ejercicio democrático y del Espíritu donde escogimos a los compañeros que van a ayudarnos a animar la vida de nuestro Instituto por los seis años siguientes. No podemos dejar de mencionar que, por momentos, aquella elección se complicaba, especialmente cuando se buscaba la elección del Responsable General, ya que como todos sabemos, los dos Prados más fuertes, Francia y España, presentaban y defendían a su candidato para relevar a Robert Daviud. Finalmente elegimos a Ives Delannoy de Francia como responsable de animar al Prado durante los próximos seis años. El resto de la elección transcurrió en paz, aunque como ya es costumbre en estos casos, teniendo siempre la incertidumbre de no saber si el elegido a algún cargo, fuera a tener la autorización de su Obispo para desempeñarlo. Al final el Consejo quedo representado con sacerdotes de los

diferentes continentes, incluyendo a nuestro compañero Hector Villa, garantizando así, el esfuerzo continuo de animar, fortalecer y promover el Prado en todos los países.

El Espíritu de Jesús se hizo presente también en el desarrollo de la **reflexión comunitaria** en torno al tema de la Asamblea: **Anunciar a los pobres la riqueza de Jesucristo**. Los primeros días compartimos el caminar de nuestros prados en cada país, constatando que los pobres viven situaciones muy difíciles a causa de esta crisis global, de un sistema económico injusto que genera desigualdad, pobreza, dolor, narcotráfico y movilidad humana. También vemos con esperanza que Dios vive en medio de su pueblo, que la riqueza de Jesucristo está animando la vida de nuestros pueblos, ayudándoles a resistir, a organizarse en comunidades fraternas, a luchar con alternativas que generan vida y no deterioro de la naturaleza.

Profundizamos en lo que significa desde la vida, la **riqueza de Jesucristo** entre nosotros, el Hijo de Dios que se ha encarnado tomando nuestra condición humana para elevarla en su dignidad. Constatamos que la fe en este Jesús que vive en medio de nosotros es el regalo más grande que el Padre Dios nos ha dado, ya que El es la respuesta a los anhelos más profundos de las personas, especialmente de los más pobres. Reflexionamos que la riqueza de Jesús es mostrarnos el rostro de este Dios Trinidad santa que actúa en el mundo impulsando su proyecto de comunión y vida plena en él. Es un Dios encarnado que orienta nuestras vidas, que nos impulsa a construir un mundo más justo, más solidario a través de las pequeñas comunidades eclesiales de base y de tantas experiencias de defensa de la vida que existen en la sociedad, animadas por hombres y mujeres de buena voluntad que se dejan llevar por el Espíritu de este Dios compasivo y solidario.

Salimos de esta Asamblea renovados en nuestros compromisos de seguir compartiendo esta riqueza de Jesucristo entre los pobres, siguiendo el ejemplo del Padre Chevrier y de tantos testigos de la fe que nos han precedido en esta tarea: el Padre Ancel, Pierre Berthelon y aún hoy Antonio Bravo, Federico Carrasquilla y otros pradosianos. Tenemos la convicción de que los más pobres son el sacramento privilegiado de Jesucristo, es por eso que queremos ir a las nuevas “Guillotieres”, cruzar de nuevo el Rio Rodano hoy como lo hizo Chevrier ayer cuando recibió la gracia de su conversión a los pobres de su tiempo. Queremos ser más pobres y encarnarnos más en el mundo de estos nuevos pobres que este sistema injusto está generando en el mundo, para enriquecernos mutuamente con esta riqueza de Jesucristo.

Una presencia del Espíritu muy palpable fue la experiencia de **la vida fraterna** que tuvimos estos días. En mi caso, experimenté lo que Dios siempre me ha regalado en los encuentros del Prado y de las Comunidades Eclesiales de Base. Este Espíritu de fraternidad estuvo presente en la amistad, la alegría, la convivencia en la vida diaria, en las comidas fraternas y sabrosas, en los grupos de reflexión, en nuestra convivencia cultural, a la hora del café, en los paseos (cuando se pudo) a lugares tan bonitos como Taizé o Paris, en las discusiones comunitarias cuando no encontrábamos la frase feliz que expresara nuestro sentir común, en los momentos de oración litúrgica o de Estudio de Evangelio y en general en la disposición de todos para entrar en comunicación y comunión, echando mano de lo poquito o mucho que conocemos de los otros idiomas incluyendo a veces las señas, los gestos, manoteos y demás acciones no verbales con tal de darnos a entender como hermanos.

Algo que avivó todo esta experiencia del Espíritu fueron los momentos de **celebración eucarística**, de Oración litúrgica muy animada con salmos cantados en todos los idiomas presentes, de Estudio de Evangelio diario y el Retiro que nos dio el Cardenal Barbarin de Lyon en el Prado, en el 13 de la Rua P. Chevrier. Fueron momentos del Espíritu que nos daban luz y ánimo para continuar con la vida fraterna, la reflexión ardua y demás actividades de la Asamblea.

Hubo un momento importante de gracia del Espíritu cuando conocimos a algunas personas que también son parte de nuestra **familia pradosiana**: las hermanas del Instituto Femenino del Prado, los Laicos Consagrados, los Diáconos Permanentes y los Laicos Asociados. Comprendimos que la gracia del Prado la viven también otras personas que son un ejemplo de entrega generosa a los más pobres de algunas diócesis en el mundo. Fue como un llamado a buscar que estas vocaciones crezcan y se desarrollen también en otras diócesis.

Finalmente, quisiera compartir la experiencia que significó para mí el estar físicamente en estos **lugares históricos** donde el Padre Chevrier desarrollo su misión. Fue emocionante estar en la casa número 13 de la Rua Padre Chevrier, en **el Prado**, donde él desarrollo su misión de servir a los más pobres de la Guillotiere a través de una vida de pobreza y sencillez. Fue impactante ver la pobreza reflejada en la habitación donde el vivió y murió como un pobre siguiendo el ejemplo de Jesús. Estar en la capilla del Prado donde el celebraba y transmitía la riqueza de Jesucristo a los pobres de la Guillotiere fue algo que nos ayudó a comprender

mejor sus escritos, reflexiones y llamadas a predicar. Estar en **Limonest**, donde fue esta Asamblea, fue experimentar el Espíritu que movía a Chevrier en su esfuerzo por formar apóstoles pobres que fueran a encarnarse con los más pobres para compartirles la riqueza de Jesucristo y dejarse también formar por ellos. Estar en este lugar tan sencillo, tan bonito y de tanto significado para nosotros fue algo muy importante.

Un momento muy valioso para mí fue la visita al lugar donde Chevrier plasmó el **Mural de Saint Fons**. En su tiempo un pequeño cuarto en una colina, como un establo que Chevrier usaba para meditar y hacer momentos de oración. Este sigue siendo un lugar dedicado a hacer retiros como Chevrier lo hizo en su tiempo. En sus paredes Chevrier plasmó los razgos de Buen Pastor que deben tener los sacerdotes siguiendo el ejemplo de Jesús, nuestro Maestro. A la derecha pinto los razgos del Pesebre, el sacerdote es un hombre despojado, a la izquierda, la cruz, el sacerdote es un hombre crucificado y al centro, la eucaristía, el tabernáculo, el sacerdote es un hombre comido. Todo esto por amor al Padre y a los pobres a los que somos enviados.

Agradezco a Dios toda esta riqueza vivida en esta Asamblea, le pido que me ayude y nos ayude a todos a profundizar en esta vocación que El nos ha regalado: ir pobres al encuentro de los más pobres de nuestras parroquias y diócesis para compartir mutuamente en comunidades fraternas la riqueza recibida, la persona de Jesucristo encarnado en nuestra vida y en la de nuestro pueblo. Amen.



VERDADERO

www.elverdaderodiscipulo.org.mx
prado.mexico@gmail.com